

GUÍA IRRACIONAL DE ESPAÑA

Francisco Umbral, 1986

Umbral sorprende casi siempre. No porque revele novedades, sino porque su visión de las cosas, nimias o trascendentes, choca con la que el lector medio asumió una vez, porque sí, porque todo el mundo lo dice, que es como, antes de aprender a razonar, se asumen ideas que luego se mantienen por inercia. O sea pereza.

Umbral es también, casi siempre, categórico, actitud que algunos confunden con la arrogancia y la provocación. A mí, no me parece que incurra ni en lo uno ni en lo otro. Vale que muchas de las conclusiones enunciadas en este libro sean discutibles. O, a primera vista, lo parezcan. Pero esto, en sí, no es un problema sino una invitación. La acepto. Me siento al ordenador y trato de rebatir con mis propios argumentos los asertos que no comparto. De esta forma, cuando llego al final del libro, salgo de la última página más sabio que entré en la primera. Creo.

Naturalmente, eso del desacuerdo me ocurre rara vez. En general, sus palabras son la formulación escueta y precisa de sentimientos y presentimientos míos. Leí en *Mortal y rosa* que “enseñar Historia o grandes monumentos es enseñar crímenes”. Leo en esta *Guía* que “el regalo es un soborno” y celebrar las fechas una superstición. Umbral hace astillas las convenciones. Pero su hacha es a la vez tajante y conmovida. Leo este elogio/defensa del animal: “Los animales son sagrados en sí mismos, por su belleza y su inocencia, porque dependen de nosotros, incluso los más fieros”, “La marcha de la humanidad es una larga marcha hacia el irracionalismo”, “El hombre/mono empezó siendo lógico, como todos los animales, que jamás hacen un movimiento superfluo”, “Hoy se caza por placer, por un placer rojo de sangre y confuso de prehistoria”, “Interrumpir esa felicidad individual [la del animal cazado] a favor de la nuestra, egoísta y sanguinaria (el placer de matar) no tiene otro nombre que el crimen”, “Los cazadores profesionales se acogen a un reglamento y matan dentro de un orden. Son los peores. Se han inventado una prosa para tranquilizar su conciencia”... “No tiene uno más remedio que escribir estas cosas o reventar de asco”.

Por poner un desacuerdo: “González es un político de buena fe”. Cuando Umbral hace esta declaración, el presidente González, que lo lleva siendo cuatro años, ha ejercido en ese tiempo todos los medios de represión a su alcance, desde la persecución de la cultura (Javier Krahe, *Cuervo ingenuo*) al terrorismo de Estado (los GAL, que practicaron la tortura y asesinaron a varios ciudadanos *por error*).

Las páginas siguientes contienen un extracto de los treinta y dos artículos que Umbral escribió bajo el título *Guía irracional de España*, en los que el escritor analizaba las costumbres de los españoles. Publicados por El País cada lunes entre el 19 de mayo y el 29 de diciembre de 1986, fueron reunidos en un libro, tres años después, por la editorial madrileña Arnao.

Incluyo en mi página estos apuntes porque, treinta años después de haber sido escrita, y un rezumando el ochentismo del siglo veinte, esta *Guía* sigue manteniendo su actualidad. Dice, por ejemplo, que “el anarquismo natural del país vota, irónicamente, ‘lo estable’”. O sea, que el español es anarquista en la calle y conservador ante la urna. La victoria del PP el 26J-2016 parece darle la razón.

Puedes leer los artículos completos en: http://elpais.com/autor/francisco_umbral/a/77

PROLOGO

Toda nacionalidad es un capricho y un crimen. Por Shakespeare, mejor que por los historiadores, sabemos cómo fueron los grandes tiempos fundacionales de la Gran Bretaña (...) ¿Por qué, entonces, España y los españoles hemos quedado como modelo de irracionalidad y exotismo dentro de esta península de Asia que es Europa? (...) Mientras otros países han luchado contra su irracionalismo originario, o lo han disimulado, España ha hecho de la casta un casticismo, ha cultivado, vendido y exagerado esa condición primera de “país aparte”.

EL ESPAÑOL Y EL DIAFRAGMA

El País, 19/05/1986

El esterilet puede resultar traumático para la mujer, más allá de la infecundidad que proporciona, y aun cuando ella no desee ser fecunda en absoluto. Una cosa es no tener hijos y otra *no poder tenerlos* (...) De hecho, los procedimientos anticonceptivos se estructuran así en un enfrentamiento hombre/mujer:

Preservativo / Diafragma
Interrupción en marcha / espermicidas
Infecundidad quirúrgica y voluntaria / esterilet

El ritual anafrodisíaco que imponía la colocación del preservativo es análogo al que impone la correcta instalación del diafragma.

La Iglesia ha potenciado tanto la culpabilidad del aborto, que ha venido a justificar o aminorar, involuntariamente, la *culpabilidad* de la píldora.

Una de las pocas revoluciones reales de este siglo revolucionario es la píldora anticonceptiva o anovulatoria. Está en la base de la subversión femenina y feminista. La píldora hace a la mujer dueña de su destino (los grandes pasos morales no los da la moral, sino la ciencia).

EL ESPAÑOL Y EL ROBOT

El País, 26/05/1986

El primer robot que entró en nuestras casas fue la radio modernista/cubista. Después vino el teléfono. Entiendo por robot todo aparato mecánico que hace su trabajo sin intervención decisiva del ser humano.

Siguiendo con los robots íntimos, después de la radio vino la televisión, que agrava el mongolismo del mensaje hertziano con el poliomielitismo del mensaje visual. La televisión ya está muriendo gracias al vídeo, que es un robot más casero y manipulable, ajeno a la dictadura horaria de la teletonta. La televisión, dentro de la casa, ha tenido un competidor: el frigorífico. Me sigue pareciendo más fascinante abrir el frigorífico y contemplar el show de la comida que abrir el televisor y contemplar a Maira Gómez Kemp. En el frigorífico se practica el teatro de la participación, porque uno puede echar mano al muslo de pollo. En la televisión no se puede echar mano al muslo de la azafata.

Como gran robot colectivo de nuestro siglo de robots está el cine, que viene a robarnos nada menos que la novela, el género más moderno y rico de las

literaturas occidentales. Pero el cine ya ha muerto a manos de otro robot casero que es la televisión.

Culturalmente seguimos una línea de empobrecimiento: el cine es menos que la novela; la televisión es menos que el cine y el vídeo es menos que la televisión.

Hay quien vive abrumado por la invasión de los ordenadores. Uno cree tanto en el hombre, y mayormente en el hombre español, y mayormente si es funcionario, empleado o ejecutivo, que sabe que (...) el español no se convertirá en el robot del robot. El español chuleará a su ordenador, como antes chuleaba al jefe de negociado de Franco, y antes al jefe de negociado de Cánovas/Sagasta. El español es muy capaz de subirle un cafelito y una cajetilla al ordenador. El español es trepa.

EL ESPAÑOL Y LA VIRGEN

El País, 2/06/1986

Las innumerables Vírgenes de España nos hacen pensar en la conclusión de Fernando Pessoa: El cristianismo es un politeísmo vergonzante.

Efectivamente, si el catolicismo está tan vivo en España es por su sabia capacidad de desplegar un politeísmo secreto y pagano bajo su uniteísmo oficial.

La del Pilar es la Virgen patriota, antifrancesa, guerrillera. La del Rocío es pagana, festera, es casi una muñeca, es una Virgen itinerante y mareante. Es casi una mujer. La Moreneta es pequeña, menuda, oscura. Digamos que la pluralidad de las Vírgenes peninsulares supone, sí, un paganismo. La Macarena está (en el sentir de los andaluces) entre novia de reja y mujer de Romero de Torres. Es la madre vagamente incestuosa de la multitud. Esta proliferación terruñera de la que fue una sola mujer, o Mujer, tiene su explicación en la tradicional poligamia del español. La Milagrosa es Virgen para llevar al cuello, Virgen de medallitas. La Milagrosa le inspira a uno más fervor que todas las otras Vírgenes.

La Virgen de Covadonga es la madre nutricia de España y el fetiche portátil de Don Pelayo. Virgen de los Dolores, Virgen de los Siete Cuchillos, Vírgenes sufrientes y maduras, exentas de todo erotismo. Luego están las Vírgenes fugaces o periódicas, que lo son por lo sistemático de las apariciones. Astillas fugaces de la Virgen y la virginidad. Lourdes y Fátima fueron revivales, sólo que Francia siempre ha lanzado mejor a sus valores y por eso la Virgen de Lourdes hace hoy más milagros que ninguna, aunque todas sean la misma. La Virgen, para sus apariciones, tiene preferencia por las cabrerillas analfabetas y los subnormales.

(...) Por eso era necesaria la Virgen. El hombre se dijo: No es bueno que Dios esté solo.

El misticismo necesita del politeísmo, necesita de sus dioses oferentes, clementes, inconsecuentes, porque muchas son sus necesidades e inseguridades, y así es como la generación de Vírgenes en serie se corresponde con la aglomeración del santoral, lleno de pequeños dioses con pequeñas virtudes domésticas o locales.

Dentro del histórico marianismo español, uno prefiere las Vírgenes de la braña, las Vírgenes montaraces, ocasionales, que están entre la diosa y el ovni, a las Vírgenes de la metrópoli, que son como las alcaldesas perpetuas de una gran comunidad que las enoja y las aragoniza.

(...) advocaciones burguesas con grandes cofradías de prestamistas, militares retirados y nobles de la localidad.

(...) la Virgen, cuya celestialidad se origina en un hecho fisiológico que la define por antonomasia y le da nombre, por encima del suyo de María. La Virgen es

el gran icono nacional en cuanto que representa el ideal amoroso de los adultos y el modelo a proponer a los jóvenes, y sobre todo a las jóvenes: la virginidad.

Termino citando a Marañón y Bertrán de Lis: “Los almonteños asaltan la ermita para sacar a la Virgen del Rocío en procesión. Es un espectáculo de fuerza salvaje (...) Queda, como después del encuentro amoroso, un cierto poso de nostalgia y sosegada plenitud”.

EL ESPAÑOL Y EL VOTO

El País, 9/06/1986

España es uno de los primeros países en conceder el voto a la mujer. La derecha sabía que la española/española votaría siempre aconsejada por su confesor o director espiritual. Lo que caracteriza a España no es ninguna clase de retraso en la recepción de la modernidad y sus hallazgos, sino una utilización peculiar, arbitraria imaginativa y anarquista de esos hallazgos. De todo hacemos una Contrarreforma.

Yo pienso que se votó a Suárez porque creíamos que iba a ser un Franco con cuarenta años de edad. Un Franco para siempre. Estos pueblos inestables buscan siempre gobernantes muy estables.

Desarbolado Suárez, votamos a Felipe González (el plural es histórico) porque era ponerlo todo patas arriba. Ahora FG nos mola menos, pues que es un político lleno de cauciones, coherencias e incoherencias, como todos. A Felipe, la primera vez, lo votó el español porque era el revés de la trama. Ahora lo van a volver a votar porque tiene el Poder, todo el poder que ellos le dieron. Este pueblo es anarquista y gubernamentalista alternativamente. Sólo así se comprende que Fraga promoviese *noes* y abstención en el referéndum OTAN. A los diez años de democracia, parece que empezamos a utilizar el voto correctamente, urbanamente. Se vota a Felipe porque es continuista y no se vota a Fraga porque es revolucionario. La rebelión de las masas vota al socialismo, no por socialista, sino por continuista. Y no vota a Fraga, no por reaccionario, sino por aventurerista en su política de coaliciones. Por zigzagueante. El anarquismo natural del país vota, irónicamente, “lo estable”. Y lo estable es el PSOE, no la plural aventura de la derecha. Los papeles están cambiados.

Las minorías de izquierda/derecha van a verse incrementadas por votos que les llegan como virutas del natural desgaste de los partidos grandes. El pecé puede convertirse en una entidad crítica, testimonial, con más influencia que poder.

Hay un gran contingente de abstención. Curiosamente, no se trata de quienes no creen en la democracia, que esos votan derecha, sino de quienes no creen en la política actual. Por la grieta de la abstención pierde fuerza la democracia española. La abstención no suele nacer de la ignorancia, sino del escepticismo o del asco.

El español es un pueblo educado en la irracionalidad: educado por la Iglesia por su madre, por sus tías solteras y por los grandes maestros del irracionalismo nacional, de Santa Teresa a don Miguel de Unamuno.

El español ha utilizado el voto como puñalada tramera contra el vecino, el suegro o el cacique. Ha vendido el voto porque se lo compraban. Y, mayormente, ha votado a la contra, más por espíritu de contradicción que por espíritu revolucionario.

EL ESPAÑOL Y SU MADRE

El País, 16/06/1986

Todos llevamos en el subconsciente la idea católica de que nuestra madre nos concibió virginalmente, sin lujuria ni concupiscencia, incluso sin violencia física. No podemos admitir que nuestra madre nos engendrara por capricho sexual, sin pensar en nosotros.

El catolicismo ha dado los dos extremos de lo femenino: la Virgen y la serpiente hembra. El catolicismo jamás ha acertado con el centro: la mujer/mujer, nuestra madre, adorable por madre y por mujer.

Lo malo de la madre es madre para el uno y suegra para el otro, o la otra. En la madre hay una misteriosa propensión a convertirse en suegra. Hasta las solteras se vuelven suegras.

La familia española ha pasado de ser un matriarcado de la madre a ser un matriarcado de la esposa: el destino de toda esposa es convertirse en madre de su marido.

Los griegos y Freud estudiaron el deseo por la madre. El español se rige por el modelo femenino de la mamá, que hacía unos postres muy ricos. Y precisamente porque el español de hoy sigue subyugado por el modelo de la madre, necesita tenerla lejos, para mejor idealizarla, y la mete en una residencia de ancianos a morirse de asco. Nosotros hemos distanciado sabiamente a las madres como los griegos distanciaban a los dioses y como el cristianismo ha distanciado a Cristo. (Cristo también está, hoy, en una residencia de ancianos.)

Los yanquis, puritanos y pragmáticos, han resuelto el problema afectivo y teológico de la madre mediante los sucesivos matrimonios de los padres. En cuanto los chicos están crecidos, los padres se divorcian y vuelven a casarse cada uno por su lado. El mito de la madre, así, va quedando postergado por una sucesión de imágenes "maternas", interpuestas, provisionales. En cuanto a España, ya lo dijo Juan Ramón: "El español pasea a la vez con su mujer y con su viuda".

No se sabe si el español dejó de creer en su madre porque dejó de creer en la Virgen, o a la inversa.

El catolicismo es una secta judía que se infiltra en Roma para destruirla. Cristo es serpiente del paraíso pagano/romano. La Virgen es su manzana.

Antes lo decían las coplas: "Que una madre no se encuentra, y a ti te encontré en la calle". El folklore ha sido el penúltimo refugio de la debilísima figura de la madre. Yo le dediqué un libro entero a mi madre muerta, para que, como hubiera dicho mi entrañable Luis Rosales, no se quedara "huérfana de hijo". Yo, por las noches, cuando no escribo de mi madre, suelo soñar con mamá.

Que una madre no se encuentra, y a ti te encontré en la calle. Por la educación, todos sabemos que la mujer, cósmicamente, es el mal, la serpiente, la manzana, la madrastra de Blancanieves, Cruella de Vil y una chica de alterne de Castellana orilla izquierda. Menos nuestra madre, claro.

EL ESPAÑOL Y EL HACHA

El País, 23/06/1986

Siempre hay un momento, en la vida del español, en que el español coge el hacha. Para talar un árbol o para talar al cacique. Este es un pueblo que tala más que poda. Eso de podar cuidadosamente las ramitas laterales del chopo o de la política nos parece aquí, más o menos, una mariconada francesa. Nosotros talamos, que queda más hombre.

Antes de que en España se inventase el divorcio, la gente se divorciaba mediante el hacha, que es un procedimiento más limpio, más lírico y menos burocrático.

El español, ya digo, es un virtuoso del hacha en todos los niveles sociales, y cuando la guerra civil ya se vio que las clases finas manejaban el hacha con esa gracia popular que han aprendido del bajopueblo para matar y ponerse la peineta. Francia inventa la guillotina, pero el hacha española es la guillotina portátil de un pueblo individualista.

Lo que le falta al *Quijote* es un hacha. Don Quijote es un intelectual que lleva armas de mentira, como todos nuestros intelectuales cuando la guerra civil. El que tiene un hacha de verdad es el pueblo.

Quevedo, zurupeto de pies y manos, se convierte en la primera espada de Madrid. La espada de Quevedo es hacha que tala todo el castellano viejo para crear el moderno castellano. Nuestro XVIII es el siglo en que perdemos el hacha. Al teatro de Moratín le falta un hacha en el decorado para que las niñas se llien a hachazos con los viejos leños de los maridos que las han comprado en matrimonio. Blanco White parece que anda por Londres con un hacha, pero sólo tiene una pluma para meterse con los curas. En todo nuestro XVIII sólo se alza con el hacha el ministro volteriano Conde de Aranda, que asesora a Carlos III, expulsa a los jesuitas, mete mano a los ricos andaluces, extiende la masonería por España, propicia la desamortización de Mendizábal y forma partida con Esquilache, Floridablanca y Campomanes. Yo creo que Aranda, desde el despotismo ilustrado, hizo más revoluciones en España que nuestros modernos políticos desde la democracia. Pero llega Carlos IV y a Aranda le quita el hacha.

En nuestro Romanticismo tienen hacha hasta Espronceda y Larra. Zorrilla y el Duque de Rivas tenían hachas de teatro, demasiado goteantes de luna. Hachas que no dan nada de miedo. Lo que les falta de talento a esos dos es lo que les falta de hacha.

La apoteosis de las hachas españolas es la guerra civil 36-39, cuando se pone de manifiesto que todo español tiene un hacha en la carbonera, y que la leña última que se propone cortar es la cabeza del vecino.

Dice Cernuda: "El honor de los españoles está entre las piernas de las mujeres". Y lo cierto es que entre las piernas de la mujer está el hachazo del sexo, lo cual las hace beneficiarias de hachazos posteriores hasta el definitivo.

Hamlet duda toda la función con un puñalito en la mano. No se concibe a Hamlet diciendo el *to be or not to be* con un hacha. Por eso no hay un Hamlet español.

España ha sido el país de un hombre, un hacha. Eso otro de un hombre, un voto, tan moderno, puede acabar con los hachazos y habremos ganado mucho en convivencia nacional, pero habremos perdido la gracia cainita y cimarrona del hacha. En cuanto a la culpa femenina, yo no veo otro remedio que el hacha. "Si vas con una mujer, coge el látigo", dijo Nietzsche, que era un tímido. En España se coge el hacha. Así son ellas de honradas y relimpias.

EL ESPAÑOL Y FRANCO

El País, 30/06/1986

Franco ha habido siempre. En Felipe II, en Fernando VII, en Joaquín Costa, en el general Primo ya hay Franco. Quiere decirse que la tendencia al hombre providencial, al padre freudiano, al dotado de carisma más que de

programa, está muy arraigada en los españoles irracionales, que no son todos, pero son los que aquí queremos reseñar.

Franco hay ahora. FG es hoy un cruce de Isabel II socialista y Willy Brandt moderado, fórmula liberal que le va muy bien a este pueblo saltatumbas, que luego, a la hora de votar, no lo es tanto.

Quiere decirse que, más allá de las ideas y las ideologías, este pueblo, tan ideologizado en el café, acaba votando, o tolerando, al “hombre providencial” del que se sabe que dedica veinticinco horas del día y de la noche a resolver los problemas patrios. Y el trabajador tiene muy buena Prensa en este país de vagos. La democracia obliga a estudiar los diversos programas de los diversos partidos, a leerse una Constitución, mientras que el hombre providencial no obliga a nada. De lo que tiene que salvarse más FG es de su deslizamiento hacia la imagen de hombre providencial. La lucecita del Pardo o de la Moncloa nunca hará un Siglo de las Luces.

Arbitristas y reformistas como Joaquín Costa han hecho franquismo previo consiguiendo pasar por revolucionarios ante la burguesía de Palacio Valdés y por reaccionarios ante el proletariado de Pablo Iglesias. Está decidido, Primo, a ser el hombre providencial de los años veinte, pero no hace sino abocetar un franquismo que aún no contaba con Franco. La realización plena del modelo de Primo se cumple con Francisco Franco, del 36 al setenta y tantos.

Negar que hubo y hay un franquismo sociológico sería negar la Historia. Incluso hay el peligro de que parte del pueblo, fatigado de ejercer su derecho democrático, vote rutinaria e indefinidamente a Felipe González, como hombre providencial de la Moncloa.

Mientras haya Bancos que tienen todo el dinero de los españoles, y de los partidos políticos, esto será un socialismo bancario, un socialismo que va firmando letras de cambio para poder vivir.

Franquismo es que la selección española de fútbol gane los campeonatos por “furia racial” y los pierda por circunstancias adversas, mala suerte o conjura internacional. Franquismo es aumentar continuamente el parque automovilístico, orgullosamente, sin una sola marca española. Franquismo es conectar con la América de los sátrapas en el sacrosanto nombre de la Lengua. Franquismo es mirar más a los Estados Unidos que a Europa. Franquismo es poner el honor español fuera de España (África). Franquismo es haber sustituido las democracias cristianas y europeas por el nacionalcatolicismo bajo palio. El franquismo, en fin, es una España de rebajas para quien quiera comprarla.

Entre [los votos que han dado la mayoría al PSOE] hay una parte de franquismo residual que se ignora a sí mismo, y que lo que vota es continuismo, seguidismo, presidencialismo y otras tendencias espurias. Poco a poco, el partido gubernamental tendría que ir transformando el bahamondismo residual (en lugar de fomentarlo) en progresismo indagatorio, avizor, o en socialismo directamente. Franco vuelve siempre, bajo cualquier forma, en la Historia de España.

EL ESPAÑOL Y EL BUGA

El País, 7/07/1986

De los 40 para acá, que es cuando empieza el holoceno nacional, aquellos coches negros y cuadrados, con gasógeno, habían servido para pasearse por una Gran Vía desierta, haciendo ostentación de la máquina. Conducir un haiga era conducir la carroza de los vencedores.

Los españoles nunca hemos valorado las virtudes traslaticias del coche. El coche, para nosotros, es un signo externo de riqueza, un signo fálico (descapotable priápico de los jóvenes *sportivos*) o una habitación añadida al hogar, (...) una cama adúltera o una máquina de matar.

En los 50 inventamos el biscúter, que parecía diseñado por Mingote, y que no servía para viajar, sino para llegar a una terraza de Serrano como en platillo volante. En los sesenta (...) el topolino y el seiscientos fueron instrumentos eróticos y máquinas para escaparse de la dictadura provincial y feudal del gobernador civil. El coche utilitario, que para cualquier otro pueblo es un instrumento de trabajo, para nosotros es un instrumento de libertad y sexo.

En los setenta vienen ya toda clase de coches. Pero al español le interesa una sola cosa: los asientos abatibles. El coche se convierte en alcoba rodante que acelera el trámite, hace imposible el desnudo total y sigue confinando al español en una sexualidad perseguida y angosta. De ahí le viene a la última generación española la locura del monopatín y los auriculares con música: fueron engendrados en un lecho con ruedas, y con la radio a toda galleta, por crear ambiente.

El español se pierde por imaginativo. No es que no se haga una idea de las cosas: es que se hace demasiadas ideas. Ahora, ya utilizamos el coche como europeos que somos: para desplazarnos. Que para eso hemos entrado en el MC.

Cualquiera sabe que los ciudadanos europeos van en metro o en tranvía, porque es más rápido y cómodo, pero los españoles, como los dictadores africanos, prefieren el coche porque el coche es un signo priápico de fuerza, para el hombre y para la mujer. El día que utilicemos el coche como vehículo de transporte, seremos "europeos".

EL ESPAÑOL Y EL SABLE

El País, 21/07/1986

Nuestra Biblia nacional, el *Quijote*, es un libro militar o el libro de un hombre que se sueña militar de entonces y por libre. Don Quijote constituye por sí mismo todo un ejército. Claro que Cervantes ironiza sobre el militarismo de su personaje, pero en otro momento ha hablado de la ocasión en que perdió el brazo como "la más alta que vieron los siglos".

Aquí, los grandes ingenios del Siglo de Oro fueron clérigos o militares. O funcionarios los menos afortunados, como Cervantes. Quevedo, ya que no militar, es muy militante. En favor del de Osuna o en contra del de Olivares. Pero siempre con la espada en la mano. O la pluma que cortaba más.

Poco educado en liberalismos y democracias, este pueblo ha tenido siempre un respeto como irracional por el sable. Hubo un tiempo en que sólo era otra cosa el que no podía ser militar. Los códigos del honor y la honra no son sino *prolongaciones* de lo militar dentro de lo civil, con su secuela de duelos y secreto culto fálico al sable.

Claro que la impregnación de lo guerrero o militar se da también en otros países, otras sociedades y otros siglos. Pero Shakespeare monta todo su teatro como denuncia y denigración de los reyes de Europa e Inglaterra, mientras que Lope y Calderón urden el suyo para justificar a esos reyes. Quevedo consagra todo esto en los versos a Osuna muerto: "el llanto militar". ¿De dónde viene la grandeza estilística de estas palabras, se pregunta Borges, que sólo expresan una obviedad: el llanto de los militares? De la sintaxis, sin duda. Jamás el llanto había sido adjetivado de militar.

En nuestro siglo XIX, el sable llega a recobrar el prestigio de los siglos de oro. Prim, O'Donnell, Serrano, Espartero, "el espadón de Loja". Sables de la panoplia liberal y sables de la panoplia reaccionaria.

Pero lo más significativo es la penetración de lo castrense en la vida civil, de modo que ha habido épocas en que lo más español que se podía ser era ser militar. El prestigio erótico y matrimonial de los militares era inmenso entre las españolas.

Todo esto va decayendo. Hoy hemos pasado del erotismo del sable al erotismo del *jet*, igualmente priápicos. Pero el modelo militar sigue secretamente vigente entre los varones. Hay miles de españoles que sueñan con tener un sable del abuelo en el vestíbulo de su casa, entre la orla universitaria y la foto de los niños. (Y algunos lo tienen.) Lo que dijéramos del hacha respecto del español inculto, hay que decirlo del sable respecto del español universitario (hablo siempre de minorías e irracionalismos).

El militarismo de lo civil tiene hoy un costado intelectual, digamos que es el dandismo (Suárez) y tiene un costado cuartelero (Fraga). El dandismo, sí, es la más noble penetración de lo militar en lo civil. En España hemos tenido los dandies románticos, Espronceda y Larra, que tienen algo del estilo militar, aun cuando hagan la crítica de los militares. En Francia, Baudelaire era consciente de la componente militar de su dandismo –erguimiento espiritual, verticalismo de afán–, y Proust, el dandy civil, no deja de admirar profundamente el dandismo castrense de Saint-Loup.

El tipo civil más cercano a lo militar es el político. Todo político, de derechas o izquierdas, es un militar sin sable (visible). La política es la milicia por otros caminos. A eso es a lo que se llama dandismo. En este sentido, hay dandismo en Alfonso Guerra (cinismo) más que en Felipe González. Hay dandismo en Santiago Carrillo (estoicismo). Hay dandismo en Nicolás Sartorius (alto control personal). Hay dandismo agresivo en Suárez. Hay dandismo/militarismo en Tierno Galván. Si la milicia se rige por la disciplina común, el dandismo se rige tan sólo por la autodisciplina, mucho más difícil de sostener.

Hay dandismo en Cela y Delibes, que mantienen una actitud invariablemente literaria ante la vida. No lo hay en quienes echan los pies por alto en cuanto no les sacan académicos.

El dandismo es la fórmula más noble y literaria que alcanza lo castrense en la penetración de la vida civil. Luego está el dandy militar, que en nuestros días podría tener su mejor exponente físico y moral en el general Gutiérrez Mellado. El PSOE, siquiera programáticamente, parece haber desmilitarizado un poco la vida española, pero nos ha afianzado en la OTAN y lo que venga.

EL ESPAÑOL Y LA BRUJA

El País, 28/07/1986

La meiga es más lírica que épica o fáctica, como toda Galicia. El gallego parece dulcísimamente resignado a la meiga, como a la vida, a la muerte, a la pobreza o a Fraga.

La bruja vasca se suele llamar Marichu. Conocí en mi infancia alguna bruja vasca, rescatada en Castilla. Murió de muerte violenta, claro, porque en Castilla la Vieja a las brujas se las mata como a las perdices.

Sobre el *duende* andaluz escribió cosas muy bellas Federico García Lorca. Sobre el duende y el *ángel* y la *gracia*. Son finas distinciones que pertenecen a una teología sureña de la calle y de la noche. El duende no sería otra cosa que el genio, la inspiración en grande y en patético. El ángel es menor y la gracia ya no es

casi nada, en ese tomismo de la Andalucía irracional. Duende tiene el propio Lorca y ángel –sólo ángel– parece que tiene don Manuel Machado. Ser patético es asegurarse el éxito. Pero un éxito para después. Mientras que la gracia otorga su gloria inmediata, como el ángel. Diríamos que el duende es personal, y quizá el ángel también, pero la gracia sólo es colectiva, mostrenca, y la tiene todo el pueblo. Cuando se tiene duende, en España, lo más probable es que lo fusilen a uno.

Castilla hace sus brujas y las quema. Castilla sacraliza a las brujas mediante un proceso inverso. Mientras los inquisidores queman a las brujas los escritores nos dan su verdad sociológica y humana. Celestina es una buena mujer del mal. La otra bruja de la obra de Rojas es Melibea: el reverso de la bruja, la bruja joven y rubia, la que realmente “embruja” a Calixto. Calixto y Melibea no son Romeo y Julieta. Son un matrimonio del Mal: Celestina. Melibea, después de haber *matado* a Calixto, se suicida, lo que es un acto de brujería. Melibea es la bruja. Celestina sólo es la asistente por horas del Mal.

Castilla es la única España de las Españas que se enfrenta a la bruja, que no se somete a ella. Y así, la primera y máxima *bruja* de Castilla es Teresa de Jesús, *bruja* de Dios y no del diablo. El misticismo sólo ha sido descrito en términos de *brujería* (Teresa) o de erotismo (San Juan). La bruja es la mística del diablo, la beata del mal.

En países tan racionalistas como el catalán, lo irracional tiene voz y hechura en el viento. Leyendo despacio toda la obra de Plá, ese Montaigne con boina de payés, encontramos que lo único que desasosiega el escepticismo lúcido de JP son los vientos que cita y describe una y otra vez, obsesivamente.

Hace un año pasé la noche de San Juan en Alicante, quemado de todos los fuegos brujos y líricos que prenden los levantinos. El viento y el fuego, brujos que se alían para fraguar un dios. “Como un fuego con su aire”, veía Juan Ramón Jiménez a su *dios deseado y deseante*. Brujo andaluz, duende, Juan Ramón acertó con la síntesis mediterránea del aire y el fuego.

Las fallas valencianas son periodísticas. Los falleros son unos cronistas de la actualidad en madera y cartón. Vivimos los españoles de lo que nos destruye: la meiga, la bruja, el duende, el viento, el ángel, el fuego.

EL ESPAÑOL Y LA GUERRA (CIVIL)

El País, 4/08/1986

Lo que más nos une a los españoles son las guerras civiles. Es cuando más nos comunicamos. En la paz, León quiere separarse de Castilla, Valencia quiere separarse de Barcelona y Murcia alejarse de Valencia. En ese sentido, la guerra civil era una gozada: sólo había unos y otros.

El otro día ha dado una emisora de radio la relación de pueblos de España con fiestas de toro. Son unos 90 pueblos. Todo consiste en echarle al toro perros feroces, o en el toro enmaromado, al que se sube a rastras a un pico y luego se le despeña, o en darle cuchilladas al toro. ¿Por qué ese ensañamiento con un animal tan nuestro? Pueblo que lleva dentro tanta intoxicación de violencia, necesita oxigenarse de tiempo en tiempo con una guerra civil. La guerra civil es ya el toro inmenso, generalizado, el negro toro de pena, el negro toro de España.

Valle-Inclán, Baroja, Galdós, etc., nos dejaron contado el siglo XIX con más encanto y precisión que los historiadores.

El conservatismo de Juan March se alza en 1936 contra el liberalismo burgués de Azaña. La Fundación Juan March ha tenido como misión, aparte evadir impuestos, traernos a Madrid todos los artistas del mundo, incluidos los españoles,

que no pudieron venir antes por culpa del Alzamiento. Primero se financia una guerra contra la cultura y luego, ya con el país sujeto, se financia la cultura para cicatrizar dulcemente la guerra.

La guerra civil del 36 también ha sido llamada “nuestra última guerra romántica”. Esto, a mi ver, tiene dos explicaciones: -Es una guerra hecha con fusiles viejos (sobre todo por los republicanos). -Es una guerra de ideas.

En la novela *Bajo el volcán*, Malcolm Lowry le hace decir a un joven que ha estado en la guerra de España: -Franco tiene aviones, tanques, comida, de todo. Los republicanos sólo tienen canciones.

En 1936, el capital y el Ejército se alzan contra la República democrática y burguesa, liberal y porvenirista. El móvil es económico, pero hay otros móviles: tradición, religión, costumbres, inercias, finalismos, fundamentalismos, *creencias* frente a las *ideas*, según Ortega.

(...) La guerra de Secesión no resolvió la falla entre el Norte y el Sur. La guerra mundial dejó Alemania partida en dos, parece que para siempre. Gran Bretaña tiene la falla del Ulster. El guerracivilismo es la grapa que une a sangre y fuego las dos mitades de un país, y esto es más visible en España que en parte alguna. Pueblo y país de fiestas violentas, el español ha hecho siempre de la guerra una fiesta, de la fiesta una guerra.

Todo país es, cuando menos, dos países. Las nacionalidades están mal hechas, ya lo sabíamos. La distribución provincial de Isabel II está mal hecha, y ahora trata de sustituirla el PSOE con el invento de las Autonomías, cuyo primer promotor fue Suárez.

El español necesita definirse por contraste. Casi todos los manuales de Historia que estudiamos en el colegio definían a España por contraste con otros pueblos. Aquí éramos más hombres que en Francia (...)

Hasta de la neutralidad hemos hecho una guerra civil. Cuando la del 14, España se dividió en francófilos y germanófilos. En la guerra mundial, España, también desde la neutralidad, se parte en seguidores de los Aliados y seguidores del Eje.

EL ESPAÑOL Y LA PESETA

El País, 11/08/1986

El español ha sido educado en la idea de que el dinero no es consecuencia del esfuerzo (puritanismo), sino del azar alocado de la vida (catolicismo inconsecuente). Claro que este catolicismo no es tan inconsecuente: cuando todo es azaroso, nadie es culpable.

El dinero que más ama el español es el dinero fortuito (lotería, herencias, etc.). Esta manera irracional de considerar la peseta ha llevado al español, naturalmente, a no tener nunca una peseta. El español va a una oficina, a un andamio, porque a algún sitio hay que ir por las mañanas, pero tiene absolutamente disociadas las ideas de dinero y trabajo, como algunas tribus aún no han asociado las ideas de fornicación y fecundación. El dinero, si viene, viene por otros caminos. Este providencialismo nacional se difunde desde la Iglesia y desde el Poder. Lo último que se le puede decir a un español medio es que trabajando se gana dinero. El trabajo es la subsistencia.

El español derrocha alegremente su dinero, vive al día, porque considera que ese dinero pequeño del sueldo no es *su* dinero, el gran dinero que espera alguna vez en la vida.

Las loterías las quinielas y otras formas de jugar con la Fortuna son maquinarias ideológicas para desvincular el dinero de la justicia o la injusticia.

Así como el español es, en general, un irracionalista del dinero, el español, cuando se le insinúa el dinero más irracional del mundo, el de la ruleta, se vuelve racionalista y quiere reducir el azar a fórmula. Ningún español va al casino alegremente, como un millonario de Montecarlo, sino que todo el mundo lleva su fórmula en el bolsillo, su combinación secreta para ganar. El afán de racionalizar el azar es otra forma de irracionalismo nacional respecto del dinero.

Somos el país que más se asombró del "milagro alemán". Y el milagro alemán no tenía otro nombre verdadero que el muy humilde de *trabajo*. Pero el trabajo, a los españoles, siempre nos parece un milagro.

El hombre, contra lo que suele escribirse, no ha avanzado desde la irracionalidad a la lógica. Por el contrario, el hombre/mono pensamos que empezó siendo lógico, como todos los animales, que jamás hacen un movimiento superfluo. La marcha de la humanidad es una larga marcha hacia el irracionalismo, la síntesis y la dispersión al mismo tiempo. La irracionalidad es nuestra marca. La marca de las bestias es el sentido común. Las bestias no han inventado el amor ni la moneda.

[Los españoles] tenemos irracionalismo originario del dinero más irracionalismo histórico de este pueblo. El resultado da doña Manolita. [Para el español] el dinero ideal es el dinero casual, mágico, obtenido sin esfuerzo. El dinero como consecuencia del trabajo no tiene gracia para el español medio. El español medio se enorgullece de que le haya tocado la lotería. Ríen ampliamente, en los periódicos, los afortunados con la lotería del Niño. El empresario que muestra su empresa en un reportaje, y que empezó de la nada, suele tener el gesto ceñudo del hombre de lucha. Nos enorgullece más el dinero gratuito que el dinero ganado con esfuerzo y en justicia.

[Por su parte] los Gobiernos, para recaudar más, favorecen toda clase de loterías y casinos, fomentan el irracionalismo del dinero, aunque ideológicamente vengan ellos de destinos muy racionales.

La mendicidad, el sable y el carterismo son las tres grandes maneras de relación fiduciaria con el prójimo, tan mágicas para el dañado como para el beneficiado.

EL ESPAÑOL Y EL LIGUE

El País, 18/08/1986

Ramiro de Maeztu tiene un libro titulado *Don Quijote Don Juan y la Celestina*. Ni los españoles somos quijotes ni las españolas son celestinas, don Ramiro.

En cuanto al donjuanismo, uno cree que el ligón nacional no tiene nada que ver con el Don Juan de Tirso, porque el ligón nacional no se plantea ninguno de los problemas teológicos y metafísicos que los escritores se han planteado a través de Don Juan.

El ligue es un sacerdocio. El ligón nacional dedica su vida a eso y sólo a eso. Por mucho que se hayan extendido los derechos de la mujer, la mujer, para el ligón, sigue siendo una presa.

Ligue es una palabra que viene del argot de los años 50. La grandiosidad del ligue, sobre la que el ligón no ha reflexionado, naturalmente, es su negación perpetua del amor, de los sentimientos, de *lo humano*. Los dos o tres sexos de la especie son todos poligámicos o poliándricos, de modo que la comedia del amor es

siempre la comedia del arte. Amor es sexo más una película que nosotros nos estamos filmando dentro de la cabeza.

El primer ligón español fue francés: Balzac. –Diversidad, sirena de la vida. Elegir es limitarse.

El sexo es plural. “Elegir es limitarse”. Limitarse a una vida contra los cientos, miles, de posibles vidas que nos ofrece la existencia. El ligue es un existencialismo abierto, aunque el ligón no lo sepa ni le importe.

El ligón nacional no se ha enterado, aún, de que la que liga, siempre, es la mujer. El ligón es caza cazada que se siente cazador, porque lo necesita. Las mujeres, por más libres, eligen mejor. Damos aquí por supuesto que existe la mujer donjuán. Y nos parece muy bien. Ha existido siempre. Lo que ocurre es que Don Juan y Doña Juana no se interesan mucho, recíprocamente. Uno y otro buscan la virginidad o sus suplencias: la inocencia, la castidad, la fidelidad matrimonial, etc.

Los homosexuales hacen continuos *symposiums* para que se les reconozcan sus derechos. Los que amamos a las niñas de catorce estamos aún más frustrados que ellos, y nunca se nos ha ocurrido hacer un *symposium*.

No quisiera uno desolar a los ligones profesionales explicándoles que ya no somos cazadores de nada, si alguna vez lo fuimos, sino palomas vulneradas, siempre. Y no lo quisiera uno, mayormente, por no desolarse a sí mismo.

El ligón, el profesional del sexo por el sexo, a lo que tiende es a aniquilar a otra criatura mediante el placer (no mediante el dolor). La mujer, el hombre brillante en sociedad, suponen un desafío para el profesional del sexo. Contemplar a esa criatura triunfante aniquilada de placer, expresándose sólo en sollozos infantiles, es la máxima victoria del donjuán o de la Doña Juana. Un placer filosófico, una necesidad de reducir la prepotencia a placer intolerable. Pero este planteamiento no es el que se hace mi tierno, maduro, entrañable, esforzado, envejecido y constante ligón de las esquinas de Madrid.

Víctor Ruiz Iriarte (al que quise mucho)...

MENDIGOS, SABLEADORES Y CARTERISTAS

El País, 25/08/1986

El mendigo no tiene ideología, de modo que igual puede ser utilizado, como testimonio, por la derecha que por la izquierda. Uno, estudioso de mendigos, la única evolución que observa en el ramo es el paso del mendigo oral al mendigo escritural: “Parado inválido dos piernas cinco hijos uno polio tres meses a peladuras patata le solicita donativo”. La miseria se ha hecho estadística, renunciando a los trémolos de la religión y la piedad: yo le expongo mi caso y usted da o no da. La mendicidad se ha hecho lacónica. Y laica. Pero la relación entre el mendigo y el donante sigue siendo una relación temblorosa, indecisa culpable quizá por ambas partes.

Los sableadores son más familiares. El sablista es un falso amigo que, de nuestra amistad, sólo quiere treinta duros. El sablista utiliza una retórica que sólo es eficaz la primera vez. Luego, por repetitiva y vacía, el donante prefiere ahorrársela, sacando en seguida la cartera. El sablista desprecia al sableado, por superior o inferior: aquí la lucha de clases. Hay una gratificación en dar, naturalmente. El rico/rico o el escritor situado necesitan su corte de bufones, y los bufones se pagan.

Pedro Luis de Gálvez, buen sonetista y poeta maldito de la guerra, empezó a vivir bien cuando la República (...) Llegó a pasear por los cafés a un niño muerto, en una caja de zapatos, sacando dinero para el entierro, dinero que luego se gastó en vino.

Hay una variante del sable que es el sablismo cultural, y que padecemos todos los que salimos en los periódicos. Ya no se pide ni se sablea en nombre de la religión, sino en nombre de la cultura, que es otra religión, claro, o la misma, degradada.

... el injustamente olvidado Alfonso Paso (a quien quise un poco). Paso era un gran profesional, salvo que también era un poco *sablista* de la burguesía, a la que halagaba para sacarle el dinero.

La relación del carterista con el señor de la cartera también me parece mágica, virtuosista, ilusionista, ya que no ilusionante. Levantar la cartera del chaleco de un señor requiere unos dedos de criatura tan hipersensible como Yehudi Menuhin. Uno, como articulista, no es cosa muy diferente del carterista profesional. Se trata, en ambos casos, de un ejercicio de dedos para llevarse unos duros. Uno, ahora, qué le vamos a hacer, es el carterista del señor Polanco.

EL ESPAÑOL Y EL GAY

El País, 1/09/1986

El español vivía muy tranquilo, desde Trento, o Nicea, sabiendo a qué atenerse sobre el sexo de los ángeles. Lo que no se les ocurrió en Trento fue debatir sobre el sexo de los hombres.

Desde Corocota para acá, todos éramos muy machos. Teníamos a Larra, que firmó y rubricó su machismo matándose por Dolores Armijo. Teníamos a don Miguel de Unamuno, que le había hecho a su señora así como una docena de hijos. Nada. Lo *gay* era cosa extranjera. Cuando el español empezó a detectar *gais* entre los suyos, no se lo podía ni creer. Es como si hubiera encontrado piojos en el traje de los domingos. Hoyos y Vinent, aristócrata y republicano, murió fusilado por los suyos. Seguramente por maricón. Por aquellos trasantaños era decadesciente el tomar por retambufa.

El rechazo de la homosexualidad es de origen religioso. El homosexual no da hijos para la guerra ni almas para el cielo. El homosexual, teológicamente, es un parásito. Lo que pasa es que ahora todos nos hemos convertido en parásitos: fornicamos sin procrear, ponemos objeciones de conciencia al servicio militar...

El SIDA tiene algo de plaga bíblica prefabricada contra los homosexuales, y contra actividad amorosa no incluida en la estricta tabla moral de Reagan.

La risa es un mecanismo defensivo ante lo que nos inquieta. Todavía, en los subgéneros, el gay es el gracioso. El español, que siempre ha alardeado de ignorar el racismo, tiene o ha tenido sus negros en los homosexuales. Hasta hace pocos años, lo mejor que podía pasarle a un homosexual era irse de España.

La fijación de tantas especies en macho y hembra parece un paso delante de la evolución. En cuyo supuesto, el homosexual de cualquier sexo supondría un paso atrás, como el hombre lobo, el niño mono o la ternera con dos cabezas. El homosexual pone entre paréntesis la infalibilidad de Dios. Y éste es el gran pecado que la Iglesia no le perdona, más que el *pecado* de la carne. El homosexual está dando testimonio de un desorden en el Universo, de un error. Pero ni error ni desorden. La homosexualidad de cualquier sexo no es sino una variante del pansexualismo que ha hecho posible la vida entre nosotros. Y uno se afirma más y más en esta defensa del homosexual (que no la necesita: sabe defenderse por sí mismo).

“Uno se elige”, dijo Simone de Beauvoir. No sé si es una argucia retórica, pero uno está contento de haberse elegido macho. Claro que están las hormonas, pero dicen que a las hormonas se las educa fácilmente en un sentido o en otro.

... como me decía mi maestro Jorge Guillén,...

EL ESPAÑOL Y EL FASCISMO

El País, 8/09/1986

Las clases medias dan el fascismo como el proletariado da el comunismo. No es más que una cuestión de apretar. Hay tres maneras de proporcionar a un mesócrata la identidad que no tiene y que necesita para vivir. A saber:

La gloria personal (algunos escritores).

La fortuna económica (algún braguetazo).

La gloria patriótica (fascismo).

El problema de las clases medias es una crisis de identidad. Freud tiende a halagar a la señora gorda haciendo de su neurastenia o de su celulitis "un caso". La vuelve interesante. Por lo menos, interesante para sí misma. Hitler toma las masas indiferenciadas y las vuelve *interesantes*. Ya que no puede darles comida, les da *ego*.

Unas clases medias bien educadas dan a Cajal y a Unamuno, mientras que unas clases medias desatendidas y descontentas dan el fascismo. Cuando el individuo de clase media no consigue la gloria personal, ni la fortuna económica, el fascismo de turno (siempre hay alguno en marcha) le ofrece la gloria colectiva, *patriótica*. Las clases medias no se apuntan al fascismo por resentimiento social, sino por mimetismo con la aristocracia. El fascismo les hace a todos aristócratas. La gente está perdida, no sabe qué hacer consigo misma. Démosle un destino.

España es el país pequeñoburgués por antonomasia. España, pues, es país fácil para el fascismo. La pequeña burguesía no tiene el prestigio de la aristocracia ni el prestigio inverso del proletariado, clase *depositaria* de la Historia. La pequeña burguesía no es nada, y a eso se resigna uno en la madurez, pero la juventud vive de excesos y necesita heroísmos. José Antonio Primo de Rivera capitalizó el exceso de la juventud pequeñoburguesa, le dio un destino y una heráldica. Con esto queda explicado el fascismo español.

La juventud es épica y necesita una épica. Hoy, como no se le da, sustituye la épica por la lírica del pasotismo, la droga, el sexo y la resistencia pasiva. Y aquí el gran problema del PSOE. El PSOE tenía unas causas nacionales, internacionales, patrióticas, digamos. Ha renunciado a ellas. El antiotanismo, un suponer. El PSOE ha renunciado a un posible *fascismo* de izquierdas. Pero hay una causa *patriótica*, irracional, que puede salvar al PSOE como salvó a Suárez. Las autonomías.

La movida autonómica tiene, aparte sus virtudes intrínsecas, la virtud de funcionar como correctivo a la idea de Patria. La ecuación es así: patriotismo = racismo = fascismo. La América de Reagan supone la actualización de todo esto.

Lo del *fascismo* de izquierdas, que hemos escrito más arriba, era, naturalmente, una hipótesis de trabajo. Es, por el contrario, el *antifascismo* de las autonomías lo que debiera potenciar el PSOE. Y, más aún, hacer de cada individuo una *autonomía*. Fomentar la privacidad, porque eso mejora a la gente. El fascismo nace de una crispación y eso sólo se arregla desdramatizando. La relajación del individuo en una privacidad gratificante trae como consecuencia la relajación social.

La sociedad española, hoy, podemos decir que vive relajada. Uno diría que los españoles votan reiteradamente al PSOE porque es un partido intermedio. Ni fanatismo de derechas ni fanatismo de izquierdas. González es un político de buena fe, y por ello Maquiavelo se niega a pisar la "bodeguiya".

Hay un libro de Francisco de Cossío donde cuenta la muerte de su hijo falangista. El libro es bellissimo, sin que importe para nada la filiación del héroe. Es todo lo que se puede hacer con la muerte de un hijo. Es el Jorge Manrique inverso: no las coplas al padre, sino al hijo.

Hay una afirmación de maestro Laín...

EL ESPAÑOL Y EL MONSTRUO

El País, 15/09/1986

La ternera de dos cabezas, las niñas pegadas por la espalda, el leñador con seis dedos en cada mano, (...) el enano del circo, la giganta, la pulga amaestrada, el loro que dice coño y mierda de Portugal, éstos, éstos son los amigos íntimos del español/español. Y de la española.

Al español se le educa en el Orden cívico y en la ortodoxia religiosa, que nos explica el apolineísmo de la Creación. [Por eso] el español, pueblo nada racista (y cómo podría serlo, hijo de cien culturas), cultiva tomates gigantes y admira el priapismo del compañero de taller como un privilegio pantagruélico, más que como una enfermedad.

Ortega dice que se nace aristotélico o platónico. Bueno, pues el español nace euripídico, como personaje de Eurípides quiere decirse, ya que todo le mueve a risa y, sobre todo, él mismo es risa. Muchas generaciones de españoles han sido llevados al circo, de niños, para educarles en la pedagogía de los enanos. La monstruosidad, el morbo de lo deforme, todo lo que parece obra del Diablo, más que de Dios, nos atrae a los españoles violentamente, y no por curiosidad teológica (el español no es nada teológico: se limita a ser piadoso o blasfemo), sino por cordialidad biológica. Con un monstruo siempre hay de qué hablar. De su propia monstruosidad.

Alguien dijo que no hay que materializar las metáforas, porque se tornan monstruosas. El español no es lírico, sino épico, y prefiere el monstruo a su metáfora. Modigliani quiso materializar la metáfora femenina del cuello de cisne y creó una galería de señoras con bocio. Modigliani es un genio a pesar del tiroides.

El toro, monstruo bellissimo (como todos los monstruos, por otra parte), nos desconcierta. Lo que los taurinos sienten por el toro se nota en seguida, es un cruce de admiración y espanto, de placer estético y odio. Amamos tanto al toro que lo matamos. No sabemos qué hacer con él. Es la insignia de nuestra monstruosidad. Lo que querrían de verdad, el aficionado y el ganadero, es llevarse al toro de copas por los bares taurinos, comentando la corrida de la tarde. Pero el toro se niega a alternar y eso no se le perdona.

La fiesta nacional no es sino la solución chapucera a la incomunicación del español con el monstruo. La teratología tiene tradición en España. Cela, nuestro mayor prosista de medio siglo, es un escritor de monstruos y monstruosidades. Picasso descubrió muy pronto que todos los rostros humanos son asimétricos. Casi todos los pintores habían percibido esto, pero procuraban disimularlo cuando hacían un retrato. La gloria y ventaja de Picasso, su genialidad, está en que exagera esa asimetría, la sublimiza, se inspira en ella (como antes había hecho sólo el Greco), y la exacerba, pero creación es exageración. Dalí materializando las metáforas y Picasso exaltando la asimetría de la especie son superespañoles, nos expresan, nos manifiestan, nos explican (...) Pero los monstruos de Picasso son felices, sus minotauros se benefician señoritas de plumilla y levedad.

El Circo Price era el Museo del Prado de los que no van al Museo. Price, sí, era la catedral de la teratología española, la basílica que Madrid le había levantado al monstruo.

El español a quien adora de verdad es al monstruo, y por eso ha procurado monstruizar sus religiones, hacer de Cristo una pieza de caza y del Espíritu Santo un pichón del Tiro de Pichón.

EL ESPAÑOL Y "LA NIÑAS"

El País, 22/09/1986

La última generación española oficialmente putañera fue la guerra. En los años cincuenta, la Unesco le dijo a Franco al oído que un Estado confesional no podía estar cobrando impuestos a las putas, y entonces se cerraron las mancebías. La meretriz recobró un último prestigio cuando Sartre la definió como "respetuosa". Respetuosa con los valores feudales que la aherrojan, claro. Pero hoy (...) ser puta, que fue mucho, ya no es nada. Hay que ser cabecita loca, boquita pintada, corazón solitario, travesti o argentina.

La verdad española, la verdad femenina universal, es que la española decente, o que no cobra (al menos en el acto), la casada de Fray Luis y toda la cofradía de la pierna quebrada son lujuriosas como ermitañas, de Melibea a Madame Bovary. Lo que pasa es que hay que darles ocasión, cancha sexual, y el matrimonio no es precisamente una cancha, sino un largo pasillo que lleva a la cocina. En cuanto la santa esposa se convierte en amante, sus ignorancias desganadas se truecan en sabidurías e inmanencias. El erotismo es inmanente y natural. No hay más que soltar a la fiera. Pero el español no quiere fundar una familia sobre una fiera, y entonces ha decidido que la esposa es tonta y que *la otra/la otra* es la lista. Todas las mujeres son listas, hermanos, cuando las divierte la asignatura.

EL ESPAÑOL Y LA CAZA

El País, 29/09/1986

Lo dijo Edgar Morin: "No es que el hombre se hiciera cazador, sino que el cazador se hizo hombre". Pero la caza de hoy es una caza lujosa, cruel, gratuita, sanguinaria, innecesaria, asesina, irracional.

Sabemos que el sacrificio y consumo de animales (inevitable para nuestra subsistencia) está hoy muy cibernético. Se caza por placer, por un placer rojo de sangre y confuso de prehistoria. La apoteosis de la caza es la guerra, y mejor aún la guerra civil. Al hombre le gusta matar, hay que admitirlo porque lleva millones de años matando para comer o matando enemigos y señoritas.

Nos explican que hay una invasión de ratas en la calle de Alcalá, que las ratas se comen a los niños y otras espantosidades. La teoría de la rata se extrapola al zorro o el lobo, que se comen gallinas y personal, con lo que el placer cainita de la caza se ha convertido ya en un servicio público y altruista a la comunidad.

Miles de niños han celebrado en el zoo madrileño el cuarto cumpleaños del oso panda Chu/Lin (como se recordará, lo trajo Tierno de China). Pero el niño es complejo, más complejo que el hombre, y otros días se dedica a ahogar gatos recién nacidos, atar botes en el rabo de los perros, perseguir arañas y lagartijas, exterminándolas lenta y minuciosamente. El niño es cazador, como el hombre prehistórico. El niño es cruel, como el hombre de siempre.

Ahora lo que se lleva es apalear y apuntillar un toro desde una excavadora. Tres vaquillas y dos toros han sufrido el otro día esta divertida suerte, porque el tiempo de los asesinos es que no termina nunca. Durante tres horas y media, el personal se culturiza hostigando y asesinando a medias un toro o una vaca. Luego, llega la excavadora con seis policías municipales y un puntillero, que remata airoso al último toro que aún queda con vida.

El español está preso en mil odios pequeños y sucios. Francis Franco mataba ciervos con telerrifle, deslumbrándolos con los faros del coche, en la nocturnidad del Pardo.

La última coartada de los cazadores inteligentes es “cazar, pero salvando y protegiendo la especie”. Aparte la especie, a uno también le preocupa el individuo. El oso blanco (en torno del cual se hace un mapa desde los helicópteros, hasta tenerle sitiado) no es sólo una especie, sino un individuo feliz entre sus hielos. Interrumpir esa felicidad individual a favor de la nuestra, egoísta y sanguinaria (el placer de matar) no tiene otro nombre que el crimen.

Los cazadores profesionales y legales se acogen a un reglamento y matan dentro de un orden. Son los peores. Se han inventado una prosa para tranquilizar su conciencia (...) No tiene uno más remedio que escribir estas cosas o reventar de asco.

Los animales son sagrados en sí mismos, por su belleza y su inocencia, porque dependen de nosotros, incluso los más fieros. Los bichos son sin duda el modelo estético de los ángeles, y su modelo teológico, los únicos seres puros y perfectos que pisan este planeta azul o navegan su aire verde, su cielo de oro o sus mares rojos y blancos, eternos.

EL ESPAÑOL Y “LO JUDÍO”

El País, 6/10/1986

Se nos enseña desde pequeños a odiar a los judíos, que crucificaron a Cristo (aunque en realidad fueron los romanos). Pero Cristo, por otra parte, era judío. Es decir, que el escolando no se aclara y estas cosas son las que quiere poner en limpio la LODE.

La guerra de razas no es sino una variante folclórica e interesada de la verdadera guerra: la guerra o lucha de clases, diagnosticada por un judío, Karl Marx.

Hoy, cuando el planeta azul se ha quedado en una aldea planetaria, [todos] vamos a bordo de la misma nave y dependemos de los individuos, más que de las razas, las ideas, las religiones o las políticas (...) Hay judíos tontos y judíos listos. Hay judíos buenos y judíos malos. Los judíos malos latigaban a Cristo [que] era un judío bueno. A los judíos tontos los quemó Hitler por miles. Los judíos listos han hecho luego libros y películas sobre todo aquello. Los judíos no son el pueblo elegido, sino, lo que es peor, el pueblo/conciencia, el pueblo/memoria, el que recuerda al resto de los hombres sus errores, sus crímenes, sus deudas con Dios. Resumimos en el judío todo nuestro asco por nuestra propia especie. No nos produce náusea la humanidad; nos produce náusea *lo judío*. Es como el asco por el homosexual o el enfermo.

La elección de misses sigue siendo una elección racial. Suelen primar las rubias de altos pechos. Sobre todo en USA, país que hicieron los rubios irlandeses y que administran los judíos. Marilyn Monroe es la revancha que se toma la América rubia contra la América silente de Wall Street. En España, el Opus Dei ha aprendido de los judíos a pasar inadvertido a renunciar a la gloria con tal de tener el poder.

A los judíos los expulsa de España Isabel la Católica porque sabían aritmética, cosa que los demás no, es decir, porque iban camino de convertirse en los dueños o controladores de las finanzas nacionales.

El fascismo español se identificó con todos los fascismos europeos por su odio al judío. El propio Franco reiteraría incansablemente su denuncia de “la conspiración judeomasónica”. Pero España es el país de las tres culturas, judíos, moros y cristianos, y mientras no somaticemos esto, me parece que no vamos a entendernos unos con otros.

La tesis de esta entrega (uno es un escritor de tesis y mensaje, o sea de los de antes) es que quienes combatimos los irracionalismos inerciales de España no queremos ni podemos ni debemos ni sabemos seguir manteniendo el irracionalismo de “lo judío”. Estar a favor o en contra de los judíos es como estar a favor o en contra del anticiclón de las Azores. No tiene sentido.

EL ESPAÑOL Y SU VIUDA

El País, 13/10/1986

Me lo dijo Ramón Gómez de la Serna: “Mire usted, Umbral, el español pasea al mismo tiempo con su mujer y con su viuda”.

El que casa con mujer joven, siendo provento, sabe que casa fúnebremente con su viuda. Neus Soldevilla, viuda *fáctica*, no es sino la puesta en escena de lo que desearían hacer muchas españolas. Casi toda española es una dulce Neus en potencia, una mujer que sueña todas las noches con matar al muerto. Y este artículo no es antifeminista.

La vida moderna nos ha traído una variante de la viuda en vida del difunto, y es la separada. La separada puede infligirle al viudo todas las humillaciones que le inflige al muerto, con la desventaja [para él] de que está vivo.

JP/2 es el Papa de las viudas, por cuanto coarta la sexualidad matrimonial. Viuda en vida es la que duerme obscenamente mientras el marido vive un insomnio de ojos abiertos a la nada. A cierta edad, el hombre cambia de pareja, pero eso sólo quiere decir que cambia de viuda.

Don Manuel Fraga, que es hoy el gran viudo nacional de la derecha, de la política y de su Alianza (tres brujas de Macbeth), lleva su viudedad con buenos sentimientos, pues don Manuel siempre ha sido un poco bruto, pero nunca ha sido malo.

Lola Flores es la viuda nacional del franquismo, que no han vuelto a correr las fuentes de La Granja como corrían [cuando] entre todos los surtidores de agua y sol, el más vivo y caliente era el baile de Lola Flores. Con perdón de la señora de Meirás, uno cree que la verdadera viuda de Franco es Lola Flores, y me refiero, naturalmente, al Franco/mito, no al Franco íntimo. Lo que Franco amaba de verdad era España, pero una España franquista, y eso se metaforiza como nada en Lola Flores. Lola Flores no se explica bien sin el franquismo, como el franquismo no se explicaba bien sin Lola Flores⁽¹⁾. De haber sido don Francisco más dado a mozas, uno se pregunta si entre ellos no habría habido algo.

Isabel la Católica [fue] una de las pocas españolas que no pudo darse el gusto de ser viuda, y es que don Fernando llevaba en el alma el libro de Maquiavelo.

Las viudas no es que sean todas unas salidas, qué va. Las viudas, por la edad, mayormente, están poseídas del vicio balzaquiano de la madurescencia. [O sea] el bingo, la loto, el Casino de Torrelodones. La viuda sólo quiere conservar y mejorar, si es posible, su pensión. La viuda transforma a un hombre en una mera rentabilidad, mediante la muerte.

El español sabe que pasea al mismo tiempo con su mujer y con su viuda. Las estadísticas se lo confirman. Pero eso no tiene nada contra la mujer. Nuestra viuda lleva su viudedad mejor que nosotros llevaríamos su muerte. Un viudo es cómico. La viuda acierta.

⁽¹⁾ Lola Flores tuvo la desfachatez de bailar y recitar el *Requiem por Federico*, una de las primeras víctimas del franquismo.

EL ESPAÑOL Y LA DROGA

El País, 20/10/1986

El español medio no constituye un pueblo sobrio. La primera droga nacional es el tabaco, seguida inmediatamente del café y del alcohol, tres drogas domésticas.

Uno no era hombre, en mis tiempos, hasta que no empezaba a fumar. Todos hemos empezado fumando cigarros de anís. Luego, la mayoría se pasaron a la nicotina y el cáncer. En cuanto al café, somos el pueblo más consumidor de la tierra. Los españoles toman el café desordenadamente, a cualquier hora, o mejor a deshora. El alcohol, en España, recibe el honesto nombre de vino. Todos los bebedores de vino invocan a don Gregorio Marañón que recetaba un poquito en las comidas.

Schiller olía manzanas para flipar, Stendhal leía unos párrafos del Código Civil, Artaud tomaba peyote, Balzac bebía café continuamente, Baudelaire hizo de las drogas su segunda profesión, o quizá la primera. Verlaine le pegaba al ajeno, Dylan Thomas a la cerveza, William Burroughs a todo, Cocteau al opio, Poe al alcohol, Plá al picón, Tennessee Williams al martini con seconal, Capote al vodka, los antiguos a la mandrágora, como excitante sexual, Rubén Darío a los alcoholes apollinerianos, Michaux a las drogas que transforman el sueño, y en este plan.

La droga pone al genio o al creador a la altura de sí mismo, le salva de la condición mediocre de los días. Para el resto de los consumidores, cualquier droga no es sino pasivizante, evasiva, desestructurante de la personalidad. Hay quien se droga para huir quien se droga para crear.

Nuestra literatura ha sido una literatura de café con leche.

El irracionalismo del español frente a la droga es un irracionalismo bifronte. Por una parte rechazamos en masa la drogadicción de los jóvenes, y por otra nos dopamos día y noche de café, coñac, aspirinas, whiskies sociales, somníferos y valium con receta. Nuestro rechazo de la droga es, pues, moral antes que higiénico. Generacional antes que moral. Rechazamos la droga juvenil como rechazamos el sexo juvenil, por un resentimiento generacional. Nosotros descubrimos el sexo en peores condiciones.

No está uno haciendo apología de la droga, sino todo lo contrario: la explicación de Baudelaire lo explica todo: "En la droga no encontraremos nada que no llevemos a ella previamente". La juventud española, hoy, en su inmensa mayoría, se droga para nada. La droga, en principio, nos ayuda a colorear una vida en blanco y negro para finalmente depositarnos en el negro. Lo diabólico de la droga es que pone siempre de manifiesto nuestra doble personalidad, facilita el desdoblamiento, explica mejor que nada que en nosotros hay *otro*. Una vez hecho este descubrimiento, difícilmente se puede renunciar a él. El estimulante no hace sino trasladarnos a un estado metafórico, que naturalmente es el *verdadero*.

La Iglesia condena la droga, pero el uso que la Iglesia hace del pan y el vino, del incienso y la mirra, es un uso estupefaciente que *coloca* al creyente, que le

pone en disposición de creer lo que no ve, o de *ver* lo que nunca se ha creído del todo.

EL ESPAÑOL Y ESPAÑA

El País, 27/10/1986

El español se caracteriza y define, principalmente, porque cree en España. España es una entidad confusa, pero el español siempre la corporaliza en algo. La última y más influyente corporalización de España es TVE. Así no es extraño que el Gobierno se resista a ceder parcelas televisivas a nadie (...) España es la Agencia Efe, que es la que informa a España sobre sí misma.

El español se ha pasado la vida preguntándose por España, de Quevedo a Unamuno o Laín Entralgo. El francés jamás se pregunta por Francia. Parte de la inmanencia de que Francia es una cosa maravillosa que está ahí. España parece que está sin resolver. Si tuviera que definir al español, yo diría que es un supersticioso de España. Vivimos España, más que como país, como superstición.

España, si lo miramos bien, se reduce a nuestra agenda de teléfonos. A dos docenas de amigos.

España son sus obispos, mayormente monseñor Tarancón, que hizo un discurso de la Corona casi revolucionario y ahora dice [que] “el Gobierno desvaloriza prácticamente los fundamentos religiosos y morales, católicos, de nuestra sociedad”. La identificación de España/Vaticano ha dado lugar nada menos que al Nacionalcatolicismo, versión tervilor de la Inquisición gloriosa. La confusión España/catolicismo está en las placas de latón del Sagrado Corazón de Jesús que ilustraron los hogares en nuestra infancia: “Reinaré en España con más veneración que en parte alguna”.

A la España de Fraga le ha salido el cisma de Verstringe, que es grave. Fraga, que es la metáfora berroqueña de la España franquista, ha criticado duramente a su propio partido y al conjunto de la derecha española. ¿Cuál de nuestras múltiples derechas contiene más España? Uno comprueba que cada cual está contribuyendo, queriendo o sin quererlo, a una suerte de *federalismo* cultural que corre ya por debajo de la Monarquía, la democracia y el socialismo. Incluso por debajo de las autonomías.

Dice Proust en su gran libro, queriendo degradar a un personaje: “Está acabado. Sólo sale con grandes de España”.

Don Quijote es un *parvenu* que quiere pasar de hidalgo manchego a caballero andante, transfigurarse de rústico en Amadís, mediante unas hazañas inventadas. Ha quedado como el modelo del altruista español, pero no es sino un arribista que pretende cambiar de clase, ascender. Y eso es lo que ironiza Cervantes. Debía haber muchos Quijanos por entonces. Don Quijote es el gran enfermo de la superstición de España. Pero España, como *idea*, sigue dando muchos supersticiosos.

EL ESPAÑOL Y LO CUTRE

El País, 3/11/1986

La palabra *cutre* es una palabra rancia de viejos argots, que uno jamás ha usado, pero los jóvenes (los jóvenes creadores, claro) la han revitalizado y puesto en uso, de modo que ya se puede escribir sobre *lo cutre* sin quedar cutre.

Lo que más le interesa a uno de lo cutre es la estética de lo cutre, la fórmula del *feísmo* nacional que llamamos cutre. Lo cutre, no es sino otro

preciosismo. Un cuento sobre poceros, de Ignacio Aldecoa, en los cincuenta/ sesenta, era tan preciosista como un poema de Gimferrer, padre y maestro mágico de novísimos y postnovísimos, hoy. Porque lo cutre o lo exquisito no están en el tema, claro, sino en el tratamiento. Nadie se salva por el tema ni por el género, hermanos. Cada cual se salva por sí mismo, o se pierde.

[Elogios a Fernán-Gómez, Buñuel, Aldecoa, Ferlosio, Paul Morand.]

Parece indudable que España, a fuerza de ser cutre, siendo cutre a la fuerza, ha reflexionado sobre sí misma y ha hecho de lo cutre un género estético como el barroco jesuita, el tremendismo de Alenza, el geometrismo de Sempere o el cine/comic, de Almodóvar. Lo cutre, pues, se ha vuelto velazqueño en la pintura de Antonio López, en el cine de Fernán-Gómez y Gutiérrez Aragón, en el teatro de Alonso de Santos, en el género ínfimo interpretado por un aristócrata como Luis Escobar. De lo cutre, que durante siglos ha sido la constante de la vida española los genios hicieron siempre su estética. El *Lazarillo*, toda la novela picaresca, Quevedo a ratos, Vélez de Guevara. El XVIII le pone peluca a lo cutre, pero Galdós y Baroja nos dan ya lo cutre del XIX, retrospectivamente.

Franco fue el gran consagrador de lo cutre. Había que ser cutre (modesto, cumplidor, sufrido) para hacer carrera con Franco, y entre los cien ministros de su mandato de los 40/40 sólo hubo dos hombres con personalidad: Girón y Fraga. El resto es una gris sucesión de cutres con orla.

Uno tiene definido lo canalla como "un cutre que se cree sublime". Lo cutre, pues, consta de dos: lo cutre canalla y lo cutre honrado, que, naturalmente, es mucho más cutre. Es lo cutre resignado, sin rebeldía canallesca. Lo cutre español está en el cine de Berlanga, en la pintura de Moreno Carbonero (...) Uno diría, apurando las cosas, que hay *cutre* en la poesía de Antonio Machado, que no es sino la gran lírica del aburrimiento nacional, Soria o Baeza, da lo mismo.

Son cutres Galdós y Baroja, porque aceptan gozosos la *cutreidad* española, mientras que no lo es Valle-Inclán, que trata lo cutre, estableciendo una distancia estética, o Cela, que establece siempre una gran distancia irónica.

Lo cutre, superado en España por la novela y la poesía, sigue vigente en el cine porque los realizadores consideran más fotogénica la pobreza que el lujo o la técnica. A cualquier director de cine [sobre todo los realizadores intelectuales] le sale mejor una pensión con los resortes de la luz de perilla que con los de suave tacto como casual.

Hay que tener muy fina hiperestesia para diferenciar lo cutre de lo *proletario*. Lo proletario no es cutre. Lo proletario enseña una estética más ruda y, sobre todo, ha sido dignificado como "depositario de la Historia". Lo cutre es la clase media baja, que no da para más. Lo cutre es aquello que Gómez de la Serna llamó "lo cursi". La diferencia está en que lo cursi es una mediocridad que se cree sublime (como lo canalla), mientras que lo cutre ya no espera nada de la vida, es más natural, más crudo, huele más y mejor a urinario de pueblo. El español, en el fondo, ama lo cutre, porque se ha criado, generalmente, en la cutreidad, como ama lo cursi porque, al decir de Ortega, "lo cursi abriga". Lo cursi es un subrayado rosa e innecesario de la vida, y lo cutre es la vida tal cual, en directo, con su aldeana pretensión de confort.

El gran pintor y escritor de lo cutre es don José Gutiérrez Solana, un señorito santanderino, un poco burro, que se queda estupefacto ante lo cutre de Madrid, que ve como lo gordo de la carne. Otros han pintado lo cursi, pero Solana pinta directamente lo cutre, y de ahí su grandeza. Es el Van Gogh de las gigantescas madrileñas de lo cutre.

EL ESPAÑOL Y LOS ROJOS

El País, 10/11/1986

Aquí hay españoles y hay rojos, para qué vamos a engañarnos. Los españoles son o somos los españoles de toda la vida, y los rojos son una movida de "comunistas, judíos y demás ralea", como hubiera dicho Baroja. Lo que pasa es que los comunistas españoles vienen ya de los comuneros de Castilla, Padilla, Bravo y Maldonado, los judíos lo somos o son casi todos, y la "demás ralea" barojiana es el lumpen que hace las revoluciones, las huelgas generales y los carnavales de Gutiérrez Solana, o sea la horda, como decían los escritores nacional sindicalistas de los cuarenta/cuarenta.

Ahora que mandan los rojos, o una variante de los rojos, uno va a las provincias y se encuentra movidas culturales así como institucionistas, como regeneracionistas, que tienen la hostilidad de la Prensa local, vendida a la derecha, al dinero o a su propio miedo empresarial de pequeña industria familiar. "No sea que vengan los socialistas y nos lo quiten todo". Estamos viviendo una rara convivencia de rojos y "normales".

Y es que el personal no entiende esta movida derecha/izquierda y sigue añorando las dos Españas berroqueñas. Rojos y nacionales. El nacional necesita al rojo para existir como Dios necesita al diablo.

Stendhal: "El pueblo español es el último pueblo europeo con carácter". Se le olvidó a Stendhal añadir que este pueblo con tanto carácter da muchos rojos, pero es que en su tiempo no había tales. No hace mucho pasaron por Madrid unos restos de las legendarias Brigadas Internacionales. Las Brigadas, compuestas en buena medida por intelectuales, no representaban sino la fascinación que el pueblo español ejerce sobre el mundo. Hemingway y Malraux fueron unos Stendhal fácticos que estuvieron aquí pegando tiros. Hoy la confusión es considerable y lo dice hasta Fraga: "Yo me esforcé por hacer de Verstryrige un demócrata". El ministro de Franco como un Scaramouche creador de demócratas. No se lo cree ni Sabatini.

La España tradicional se ha alegorizado últimamente en Rocío Jurado, que parece un Fraga con tetas.

En España, actualmente, hay unos rojos que son nuestra reserva espiritual, o sea los comunistas, y otros rojos, *fácticos*, poco espirituales, que son los que gobiernan. La rojez gobernante se la coge con papel de fumar Jean y España se le ha quedado pequeña. Saben que la mejor manera de seguir triunfando dentro es triunfar un poco fuera. No se descarta que González sustituya a Willy Brandt en la presidencia de la Internacional Socialista. Y los españoles principian a comprobar, perplejos, que la España/*otra* es mucho más aceptada en el mundo que la España/España.

Estamos viviendo un delicado equilibrio transicional. El socialismo gana las elecciones, pero el catolicismo gana las apariciones: a Benalup acuden miles de personas a ver a la Virgen de Lourdes, que al parecer está haciendo galas por el sur de Europa. Los gaditanos de Sidonia secundan a una mujer de 52 años, Antonia Pérez Salcedo, que dialoga consuetudinariamente con la Virgen de Lourdes. Seguimos en la España del milagro y la aparición, y contra eso no tiene nada que hacer el rojo madrileño de café, que suele ser positivista.

Una reina, doña Sofía, nos trae de la mano a dos rojazos y un separatista: Miró, Picasso y García Lorca. ¿Por qué la Virgen de Lourdes, o la del Pilar, que es más nuestra, ha iluminado siempre mejor a los rojos que a los *nacionales*?

Los escritores rojos, que durante 40 años han tenido como única trinchera la Cuesta de Moyano, ahora se han extendido por todo Madrid y toda España. Tamames levanta una nueva izquierda, el Rey entrega las Medallas de Oro de

Bellas Artes a unos artistas que no son precisamente de derechas. Quienes teníamos España confortablemente dividida en españoles y rojos, vivimos, en lo maduro de nuestra edad incierta, la perplejidad de un trastrueque diario de los valores. El burgués es hoy el *snoob* del rojo, le gusta cogerse de su brazo. Y el rojo es el nuevo moralista que predica ética al católico. España está muy rara.

Hoy, el nacional necesita del rojo para tranquilizar o confundir, mediante la convivencia, su mala conciencia histórica, para saciar su curiosidad *snoob* por lo "esencialmente otro" (tentación), y para enrevesar el mapa social de modo que las distancias/diferencias no queden tan claras. El conservador, hoy, se legitima tomando un whisky dialéctico con el revolucionario. El rojo, irónicamente, es quien confiere nobleza al noble.

Los rojos avanzan por las vías blandas -costumbres, libertad de expresión, libertad sexual, cultura-, pero por las vías duras -dinero, ejército, empresas- no hemos avanzado ni un milímetro desde Franco. Así, la juventud que frecuento en las provincias/autonomías vuelve a ser muy española. Aman sus puentes romanos y sus clásicos terruñeros. Hay ya toda una generación nueva de rojos muy aseados.

EL ESPAÑOL Y LOS CLÁSICOS

El País, 17/11/1986

Los clásicos están entre nosotros. Calderón o el honor como tragedia. Eso lo vivimos todos los días. Lope o el amor como locura. También lo vivimos a diario (más bien la locura como amor). ¿Qué es, entonces, lo que nos distancia de los clásicos? Dos cosas, a saber:

- a) la herencia recibida (estudio escolar de los clásicos).
- b) el lenguaje.

Un Calderón o un Lope, un Rojas o un Tirso, puestos en lenguaje actual, apasionarían a la gente, y mayormente a las porteras, que es para quienes se hace el teatro clásico. Pero entre los clásicos y nosotros se alza un farallón de palabras y rípios que lo enfría todo, lo distancia todo, deja a los clásicos en antiguos.

Ahora se anuncian "los clásicos como pasión". Los clásicos, naturalmente, tuvieron las mismas pasiones que nosotros. El ropaje de los clásicos es otro, pero eso gusta al personal, si está hecho con imaginación y buen gusto, como lo hace Marsillach. Lo insalvable, ay, es el lenguaje. Lope y Calderón, como Rojas y Tirso, son para leídos/estudiados en casa. En un escenario, el lenguaje pseudoclásico se convierte en un medio frío que congela lo que dice, impidiendo que llegue al espectador. Lo mismo pasa con los clásicos griegos. Y con Shakespeare. Después de la representación de un Shakespeare, sus mejores metáforas quedan perdidas entre el escenario y la sala, como claveles pisados, como flores no miradas. Los clásicos del teatro escribían demasiado bien para el teatro. Habría, realmente, que limitarse a leerlos. Porque tampoco son traducibles (por respeto, entre otras cosas) a un lenguaje de hoy.

Los clásicos siguen siendo vanguardia, pero vanguardia de los siglos de oro. Sirven poco para nuestros siglos de poliuretano. Lo que está vivo, soluble en el pueblo español, es lo que decíamos al principio: las pasiones y los sentimientos de los clásicos. El honor y la honra, un suponer.

Calderón hace teología y Delibes, en *El disputado voto del señor Cayo*, saca a Dios Padre en figura de campesino centenario y omnisapiente. Frente a la movida rock, la *dere/dere* ha lanzado la ofensiva de las sevillanas, que se bailan ya en toda fiesta bien/*bian* de Madrid. Es la España eviterna triunfando contra la

subversión, como en *Fuenteovejuna*. Don Jaime de Mora y Aragón, que ha pasado de vivir la jet a filosofarla, es lo más parecido a un caballero de Lope con Rolls/Royce. Los comuneros de hoy son los rojos de ayer. Las putas tienen la Prensa, ya que no a Celestina, para anunciarse y propagarse. Las alcaldías, mayormente la de Madrid, vuelven a tener un prestigio de mando que habían perdido. Cae Fraga, pero renacen Pardo Zancada y Blas Piñar, una derecha del XVII. Suárez busca manager como los caballeros buscaban escudero. Abel Matutes, con todos sus millones y sus discotecas, quiere seguir siendo el escudero de Fraga. "Qué buen caballero era". No ha cambiado tanto, en fin, la sociedad española. Ha cambiado, ya digo, el lenguaje.

El lenguaje de los clásicos es esa cosa para literatos con la que los directores de teatro no saben qué hacer. Cela suena a clásico cuando quiere, y nos parece que es por el idioma. Es porque cuenta una España que siempre es la misma. No hemos superado a los clásicos, sociológicamente, y sólo el lenguaje nos separa de ellos.

Valle-Inclán puso en su propio lenguaje el tema de los clásicos -el honor y la honra-, con *Los cuernos de Don Friolera*, y se le entendía y se le entiende. Al mismo tiempo que hacía la burla del tema, hacía la burla de los clásicos, que se tomaron eso en serio, o fingieron que se lo tomaban, para llegar a curas, que es a lo más disoluto que se podía llegar en los siglos áureos.

Pero nadie es Valle-Inclán. Los clásicos son panteónicos. Machado acusa a Calderón de escribir "el pino cuadrado" (la mesa) y "el oro cano" (la plata), porque Machado no gustaba del Barroco. Nosotros, sí. El error de los clásicos fue hacer literatura en el teatro. Porque la gente va al teatro a consumir acción, y no literatura.

EL ESPAÑOL Y EL CILICIO

El País, 24/11/1986

Una revista ha dado fotos de los instrumentos de autotortura que, siempre según esta publicación, utilizan algunos miembros del Opus Dei. Los objetos están entre la Edad Media y la alta joyería. De donde salen tres consideraciones pseudohistóricas, a saber:

- Cultura del adorno.
- Cultura de la tortura.
- Cultura del sadismo.

La mujer ha sido secular y folklóricamente vista por el hombre como objeto de comercio, antes o después que como objeto sexual. Se sacrificaban doncellas a los dioses, se torturaban doncellas (y con esto pasamos a la cultura o la civilización de la tortura) porque se esperaba de los dioses una respuesta, un beneficio agrario o cinegético. Se trataba ya de una operación mercantil con el cielo.

La autotortura religiosa tiene en común con la tortura primitiva que también quiere *sobornar* a Dios o a los dioses. Este sufrimiento que me impongo se merece algo. Como el mendigo que se exhibe medio desnudo en invierno para sobornar al burgués y obtener la limosna. Pero los dioses son volubles y a veces dejan morir a las doncellas sin dar nada a cambio. Es cuando las culturas primeras deciden no vender la doncella a los dioses (lo cual tiene todos los riesgos de una apuesta), sino vender la doncella, sencillamente, a la tribu de al lado, en matrimonio, a cambio de ganado y especies.

Y nace o se intensifica la cultura del adorno, todo el atalaje femenino que tiende a hacer más codiciadora (en todos los sentidos) la mercancía. La civilización del adorno y la civilización de la tortura se alternan así, graciosamente, sobre el

cuerpo siempre adorable y víctima de la mujer. Pero [al] hombre no le bastaba con el acto de la posesión (donde, como dice Proust, "no se posee nada"). Entonces nace la cultura del sadismo [que] es muy anterior a Sade. El sadismo es una de las variantes fundamentales de lo humano. Ya en la civilización de la tortura había sadismo, claro. No se sabe si los dioses disfrutaban con el espectáculo de la doncella troceada, pero la tribu disfrutaba mucho (hombres y mujeres).

Incluso en la civilización del adorno hay sadismo. El sadismo de convertir a una mujer en un objeto, mediante un proceso artesanal. En la novela (antifeminista) *Nueve semanas y media*, escrita por una mujer, la primitiva cultura sádica del adorno, del mimo por parte del hombre, de la objetualización de la muchacha, reproduce exactamente, en un medio tan siglo XX como Nueva York o así, los rituales de la civilización del adorno, que tienden a anular al individuo femenino, no mediante el dolor, sino mediante el placer. Y aquí está toda la diferencia, toda la distancia. Hemos pasado del sadismo prehistórico del dolor al sadismo del placer. Por eso son medievales, cuando menos, los latigantes españoles de Semana Santa y las gentes de fe, con votos o no, que se autotorturan. Están todavía en el sadismo salvaje del dolor. Los salvajes, con el adorno, habían descubierto ya el sadismo del placer.

El adorno, *impuesto* o voluntario, tiene, pues, un secreto fondo de cilicio. Se trata, en ambos casos, de potenciar el yo (jamás de anularlo, como pretende creer la religión). El cilicio es tan narcisista como el adorno. Y referimos estos temas sobre todo a la mujer, no sólo porque ella es más víctima de tales usos y consumos históricos, sino porque el hombre participa de todo ello, como víctima o victimario, *precisamente con su parte más femenina*.

Dice Graham Greene que donde hay odio hay miedo, y a la inversa. España es el último país de Europa donde se sigue practicando la tortura religiosa, la autotortura, por obra de la Iglesia y asociaciones afines. En principio, esto revela ignorancia fisiológica, ya que una liga de púas, en un muslo femenino, puede ser anafrodisiaca para una mujer, pero muy excitante para otra. La confusión dolor/placer (que sólo comienza a teorizarse a partir de Sade, y que alcanza su punto máximo con Freud) nunca ha estado clara para la Iglesia. Combaten la lubricidad con el castigo, pero la respuesta interior al castigo no puede ser sino más lubricidad. Este es el círculo infernal de las prácticas católicas cruentas, hoy, en España. Ningún teólogo ha sacado a la Iglesia de esta dialéctica placer/dolor.

Algunos ex/miembros del Opus Dei, intelectuales, me han confesado que, para sus problemas de conciencia o de cabeza, siempre se les recetaba mucho valium en "la Casa". Según me dijo una vez el gran doctor Jiménez Díaz, el valium (que por otra parte he consumido mucho tiempo y del que fui fanático), "desestructura la personalidad". A los intelectuales del Opus se les desestructuraba la personalidad mediante el valium, mediante el bienestar inducido, mediante el placer. Puro Sade.

Llegados a este punto, el cilicio en torno de una esbelta cintura femenina es equivalente al valium en torno a una cabeza masculina y pensante (y pueden invertirse los términos y los usos). El culto de la mortificación, favorecido por Juan Pablo II (tan escuchado en España), es siempre un culto morboso.

Pero, más allá de la fisiología, está el turbio sistema de valores que comportan estas tres culturas, y que ya hemos aludido antes. Las tres se unifican en una sola realidad *utilitaria*: el soborno. En la civilización de la tortura/autotortura, el primitivo o el penitente de Semana Santa, o de todo el año, *soborna* a Dios mediante su sufrimiento voluntario. En la civilización del adorno, los españoles de toda España adornan a su Virgen local para sobornar a la Virgen del cielo, para halagarla. Del mismo modo que toda la cultura del regalo es una cultura del soborno a la amada: tu

flor preferida, tu perfume preferido, tu joya preferida. Una manera de apoderarse de la personalidad del otro, de la otra, anticipándose a sus deseos. El español tiende a anticiparse a los deseos de Dios, y le sacrifica una monja, un ejecutivo o un intelectual, sin saber si es eso lo que quiere Dios.

La cultura del sadismo no es ya sino un cruce de las otras dos: adorno/tortura. El cilicio es tan *decorativo* como una diadema. El cilicio es un cebo para cazar a Dios: "Mira cómo me porto yo; a ver tú cómo te comportas conmigo". Se supone que el cilicio es la diadema que más puede deslumbrar en el cielo. Todo el medievalismo de la Iglesia española hace aún posible estas supervivencias que poco tienen de religiosas. Se trata de una religión que vive obsesionada con el cuerpo, aunque, hable mucho del alma. Y cuando surge un movimiento *renovador* y *mundanizador* de la fe en España -el Opus-, ocurre que oculta el cilicio medieval bajo el tervilor/jet.

EL ESPAÑOL Y EL MUERTO

El País, 1/12/1986

Lo dejó escrito Quevedo, por todos los españoles y para todos los españoles: "Vivo en conversación con los difuntos". Este es un pueblo que vive en conversación con los difuntos y lo que más molesta al personal es que el muerto no saque tabaco, en el velatorio, como sería lo propio.

El entierro del Conde de Orgaz es una gloriosa imaginación del Greco, pero ha quedado como modelo de los entierros españoles, que ya sabemos que aquí es tierra de grandes enterramientos, pero eso era para el sepia de las revistas. El revés español del *Orgaz* es el entierro de Baroja, con Cela y Hemingway cediéndose a empujones el honor de bajar por la escalera una esquina de la caja. (Hay diversas versiones de esto.) España es el país donde los muertos, sin rito oriental, egipcio o mejicano, hacen más vida de vivos. Un país de muertos peatonales. Somos un pueblo atrozmente realista, ya digo, y la inmortalidad cielista y pálida de la Iglesia nos sirve de poco. La aceptamos, pero entendiéndola y practicándola a nuestra manera.

Ya Ortega, incluso Ortega, decía que un muerto sólo es un amigo al que le ha pasado algo raro, porque está ahí (recién muerto) y no nos contesta. De la familiaridad con el muerto se pasa a la utilización del muerto. Lo que no acaba de entender el español es que el muerto está muerto. Por eso encuentra tantas resistencias en España la incineración. Con un señor que ha bajado íntegro a la sepultura (aunque con el hígado hecho polvo) se puede seguir charlando indefinidamente. Y lo que el español quiere es charla.

En *Las orientales*, Víctor Hugo nos ve como un pueblo árabe. En *La leyenda de los siglos* ya profundiza un poco más. Pero la mujer española siempre es para Hugo una mujer que siempre baila, lo cual no es verdad en el caso de doña Pilar Primo de Rivera, por ejemplo. Lo que se le escapa a Hugo, pese a su penetración (y sin duda por culpa de sus referencias más tópicas que directas o históricas) es el aspecto de España como país de la muerte.

Uno cree que, más que el país de la muerte, somos el país del muerto. Quiero decir con esto que la muerte es una abstracción, un concepto, y nosotros somos poco conceptuales. Todas las lirificaciones de España como país de la muerte son folklore y tauromaquia. No tenemos aquí una idea sublime de la muerte, como los orientales, sino una idea cotidiana, familiar, portátil, doméstica y llevadera. Todo lo que se ha escrito sobre España y la muerte es mentira. Nosotros somos nosotros y nuestro muerto, que de momento es nuestra circunstancia. Con el muerto

seguimos viéndonos todas las tardes, charlando de sus cosas como si estuviera vivo, y, cuando se le va olvidando, es sólo como un amigo al que vamos dejando de frecuentar.

Nuestros místicos, grandes facedores del mito español de la muerte, hablan de ella con desenfado, como de unas vacaciones pagadas en el cielo, y si no, véase Santa Teresa. Lo que pasa es que nadie ha leído bien a los místicos (maestros de todo el irracionalismo nacional), y se les entiende, desde la ignorancia, como unos faraones cristianos ritualizadores de la muerte. No somos Egipto ni Méjico. Somos un pueblo charlatán que no deja callado al muerto, en la paz, y que se da muy buena maña para matar muertos, y hasta algún vivo, en las guerras que alegran numerosamente nuestra Historia. Uno, por ejemplo, ha tenido sus peores pleitos con los muertos. Recuerdo ahora dos pleitos que me puso don Santiago Ramón y Cajal, tan venerado por mí, de otra parte.

Y no quiero especificar aquí las muertas, porque eso ya sería otro tema, o quizá el mismo. Sólo recordar que el poeta pre/romántico Cadalso sacó a su novia de la tumba, la noche después del entierro, y se echó un baile con ella, en un cementerio de Madrid. La fascinación de las muertas, sobre todo si son muertas jóvenes, suscita ideas de otra familia, otra familia de ideas que no es de esta crónica. Por eso prefiero hablar asexualmente del muerto/a.

En las primeras elecciones democráticas de la transición votaron muchos muertos. Hemos dicho al principio que esto es un sitio de grandes entierros, y es que, en España, la enfermedad es de mal gusto. Aquí sólo se tolera la salud o un gran entierro. El último, grande y emocionante entierro español, movido por el pueblo y no por los académicos, fue el de Tierno Galván.

EL ESPAÑOL Y LAS FOLKLÓRICAS

El País, 8/12/1986

La folklórica es algo así como la superespañola, y por eso los españoles machos aman a las folklóricas. Peineta loca, cara crispada, pechos violentos, piernas de araña furiosa con bata de cola, brazos/serpiente y manos neo/neomudéjar. La folklórica es todo eso vuelto del revés, sacado hacia afuera, más un productor de cine para eternizar el tema.

Todo español tiene la conciencia callada de que España es Andalucía. Todo español vive el irracionalismo profundo de la mujer del hondo Sur, y a esas mujeres las explica mejor que nada la folklórica, que es un malentendido glorioso de arte y pasión, de sexo y barullo.

La copla, que muchos habían identificado con el franquismo, no estaba en los Principios Fundamentales del Movimiento, aunque parezca raro. Aquel Régimen era folklórico por sí mismo. Las folklóricas sólo le pusieron un fragor de faralaes y un viso de noche levantina y pemaniana. La folklórica es la supermujer de España, la más racial, la más total, la menos original.

Las folklóricas, como los toreros, no son más que un exceso. Exceso de tragedia, exceso de hombría, exceso de mujer, exceso de pasión, exceso excesivo para expresar excesos. Desconfiemos de las excesividades. El exceso siempre está supliendo una verdad inexistente. No se puede una folklórica desmelenar por unos miles de pesetas, tarde y noche, poniendo en juego su identidad y sus miocardios. Como no se puede salir a ser mitológico noventa días al año, a un redondel, cobrando varios millones por tarde. Se sale a hacer burocracia taurina, antes que mitología. Se sale a cobrar. Ni siquiera los mitos griegos hubieran soportado hacer de mito todos los días, ante un personal de sol y sombra, durante dos horas.

El turista es más sincero en su entusiasmo ante la folklórica, porque está viendo lo nunca visto, aquello que para él es único, aunque para la folklórica sea repetitivo. Pero los nacionales tenemos que simplificarnos un poco por dentro, como el que se anaña para ver una película cómica, y así entramos gustosos en el engaño de la folklórica que vive en el tablado una pasión, un vendaval de diez minutos, y en cuanto vuelve al camerino, pide un bocata de agujas.

Uno ha visitado repetidamente La Celsa y La China, al Este del Edén madrileño, fascinado por la miseria y ardido de denuncia y afán. Allí, entre chabolas de uralita/cartonaje/periódicos y bicicletas herrumbradas, en las que pedalea un niño poliomielítico, he escuchado el cante puro, impuro y desesperado de los gitanos. Las multinacionales cínicas tendrían que hacer un disco con eso, para explotar hasta el fondo el sentimiento de una raza, como han explotado el de los negros. De vuelta de La Celsa, el gitanismo apócrifo de Lola Flores y sus seguidoras, que ni ella ni ellas son gitanas, suena a farsa falsa en el sótano acolchado de una sala de fiestas de la Gran Vía.

Teniendo a mano una expresión de la llana cultura tan valiosa como el jazz, que es el flamenco, todos nos hemos contentado con la versión fácil y prometedora de los cuadros flamencos y las grandes folklóricas. Habría que hablar aquí de la verdad y su doble. Toda verdad (política, filosófica, literaria, estética, personal) genera naturalmente su doble, su edición de bolsillo para consumo de las mayorías/minorías. Unanimo es más verdad cuando escribe de cualquier cosa que cuando escribe expresamente de filosofía. Gómez de la Serna es más verdad cuando hace una greguería al paso que cuando fuerza una novela que es un trezado insufrible de greguerías. La espontaneidad es un virgo que se pierde.

La verdad y su doble. La verdad y su sombra. Nuestras grandes folklóricas no son sino el doble y la sombra de un sentimiento musical y social, personal y pasional, que alienta en el pueblo andaluz a la hora de la recolección de la aceituna. Lo definió García Lorca, gran definidor de lo andaluz: "La tristeza que tuvo tu valiente alegría". La tristeza es una de las cuerdas de la guitarra andaluza, pero esa tristeza se torna valiente a fuerza de alegría, o se torna alegre a fuerza de valor.

El flamenco ya sólo es un recurso del *Madrid/visión*, pero las flamencas, las flamenconas, las folklóricas, siguen reinando en la vida nacional, más por su vida que por su arte, pues suelen tener una vida como escrita por Quintero, León y Quiroga. Todo el rato les salen hijas geniales, se les mueren toreros en exclusiva, se les van o se les vienen los maridos y los amantes. Las folklóricas, como los toreros, acabarán siendo exclusivamente un número turístico.

Las folklóricas son de derechas porque vienen del inmanentismo nacional, del fundamentalismo. Las folklóricas son fundamentalistas porque creen que su arte les nace entre los ovarios y lo inmanente/irremediable de la raza. Las folklóricas se creen *auténticas*, siendo como son la falsificación de una autenticidad que duerme y canta en los pueblos y los campos de Andalucía. Uno, que ha hecho a casi todo en esta vida, apenas hace a folklóricas. Son las únicas mujeres que nos dejan como indiferentes, quizá porque exageran su mujeridad, como la vampi. Las folklóricas y los políticos son el último, esperpento de la España posvalleinclanesca. Pero las folklóricas llegan más lejos, porque son o se creen o se sienten la Patria misma.

EL ESPAÑOL Y SU ANCESTRO

El País, 15/12/1986

Nuestros ancestros constan de dos: ancestro familiar y ancestro colectivo. El ancestro familiar -descubridor, general, explorador, auditor o alcalde de su pueblo- es evocado por las familias de orden con terquedad y óleos malos, como piedra angular de una nobleza de clan pequeñoburgués que no aspira a remontarse más allá del siglo XIX. Los ancestros con suerte viven en los vestíbulos. Los ancestros sin suerte acaban en el Rastro.

El ancestro colectivo [social, político, histórico, cultural] hace mucha más vida social de muerto que de vivo [porque] ha de aprestarse a conmemoraciones, centenarios, efemérides y cosas.

Pero culto al ancestro familiar o al ancestro colectivo vienen a ser una misma cosa. Todo es, en fin, un culto a los muertos ilustres de la familia o de la tribu, a quienes, más que por ilustres, se homenajea por muertos. El culto a Madariaga, Unamuno, Machado, Cervantes o García Lorca, está supliendo al homenaje diario y general a estos personajes que consiste en leerlos o estudiar sus vidas y sus obras. El centenario es la demagogia de los muertos. El que los revisita y lee será seguramente el que se quede en casa el día del centenario. El centenario [es] un culto no cultural, sino supersticioso. Somos grandes porque venimos de ellos. Cervantes y Calderón parece que nos hacen nobles a todos. Y hasta un poco escritores.

La superstición del ancestro y de las fechas es común a todos los países, a todas las culturas, evolucionadas y primitivas. Pero en España se queda más por antiguo que por inteligente. Una mentalidad primitiva nos lleva a confundir el prestigio con el tiempo. Sólo es prestigioso lo pasado y lo muerto. No comprendemos el prestigio presente: "Cómo va a tener talento ése, si fue conmigo al colegio". Para merecer el respeto de los españoles hay que haber ido al colegio con Fray Luis de León, cuando menos. Más que culto a la Historia esto es caución de la propia ignorancia, que se acoge al sagrado de la muerte para no equivocarse.

Es el muerto como fiesta, la cultura como demagogia, el tiempo como eterno retorno. Dice Camus en *La peste*: "Si Dios existiese no serían necesarios los curas". Si el ancestro *existiese* (si estuviera vivo entre nosotros, culturalmente), no serían precisos los centenarios. El centenario es una vulgarización del muerto para quienes no lo conocen y van a seguir sin conocerle.

La superstición española de los centenarios no es sino, como toda superstición la sublimación de una ignorancia. La superstición es cómoda porque le evita a uno muchas horas de lectura.

España, país de hidalgos, necesita ser "hija-de-algo". Incluso a Séneca nos lo hemos apropiado como español, nacido en una época en que no había España.

El beato es todo lo contrario del místico.

EL ESPAÑOL Y LOS ÁNGELES

El País, 22/12/1986

Monseñor Del Ton, de la curia romana, dice que los ángeles son una especie de ejecutivos del cielo. "Los ángeles son los administradores de la creación hecha por Dios, son bellísimos cuando se revelan en semblanza humana, aman la virginidad y les encanta estar en compañía", dice el protonotario apostólico.

Los españoles tenemos un primer contacto espiritual, infantil, con el Ángel del Paraíso, que expulsó a Adán y Eva por su afición a las manzanas, y un primer

contacto corporal con el Ángel de la Guarda, que aparte de ser el patrón de los agentes urbanos, es el que salva a los niños de los puentes quebradizos, según la pintura de Murillo. Uno, durante la adolescencia cristiana, siempre soñó con que su ángel custodio fuese hembra y con beneficiárselo.

El ángel custodio del hombre es la mujer y el ángel custodio de la mujer es el hombre, de modo que el sexo de los ángeles viene predeterminado por la condición del custodiado.

España cree en los ángeles, pero los españoles prefieren dignidades más inmediatas. El monseñor es un santo marcado por la impaciencia, que nunca llegará a ángel, como el académico es un escritor marcado asimismo por la impaciencia, que nunca llegará a clásico vivo o muerto. La angelidad, el angelismo, no son otra cosa que paciencia. Dios impacienta a sus ángeles para ponerlos a prueba. Y muchos pican.

Ya sólo se ven ángeles puros en las películas porno. Los homosexuales, contra quienes ahora se manifiesta el Vaticano, son unos ángeles de Botticelli que vienen a desconcertar la dialéctica sexual. Los ángeles los crea Dios, sin duda, para introducir confusión entre los hombres. Son un tercer sexo teológico que ha encarnado en un tercer sexo sexual.

El atleta responde mejor que nada y que nadie al concepto español de "ángel", que siempre es un concepto un poco olímpico. Los ángeles son los atletas de Dios. El único ángel femenino y menstrual que hoy tenemos en España es Ángela Molina, un ángel que se ha inventado el genial Manuel Gutiérrez Aragón, dentro de su angeología cinematográfica, tan válida como la angeología filosófica de maestro D'Ors. Marcelino Camacho es un ángel que ha sustituido la teología por el sindicalismo, pero que va a las manifestaciones con fe, esperanza y caridad (las tres virtudes teológicas) de ángel. Los ángeles, en fin, están entreverados en el pueblo español como en ningún otro pueblo, y si les hemos dado todas estas corporalizaciones terrestres es por mejor ilustrar la fe del español en el ángel.

El español mantiene, respecto de los ángeles y los apóstoles, una actitud ambigua, entre el escepticismo y la fe "por si acaso", más las peticiones de ocasión y la Santa Bárbara. Un español tan español y tan pagano como el andaluz, sigue trabajándose el mito del *ángel*, que es la gracia que toca a una persona o a todo un pueblo, en el hombro colectivo. Eugenio d'Ors a su manera irónica y pasatista, García Lorca a su manera lírica, *creían* en los ángeles. Los ángeles son el último irracionalismo del español, cuando el español se ha desprendido del resto de la teología. Hasta un poeta comunista, como Alberti, escribió "sobre los ángeles" (cuando aún no era comunista).

El irracionalismo nacional se entiende bien con los ángeles. No creemos en el ángel abstracto, pero seguimos creyendo en el ángel hembra. En qué si no.

EL ESPAÑOL Y EL FUTURO

El País, 29/12/1986

Al español actual no le importa nada el futuro. Ni siquiera cree en él. El futuro es una superstición que pertenece al pasado. Dedico este capítulo final al futuro, pero más bien lo dedico a la abolición del futuro, que sólo es un invento de los robots y las Cajas de Ahorros y Montes de Piedad.

Del futuro más vale no hablar, y no porque lo ignoremos, sino porque, en general, le tememos. Con tanto Torrejón y tanta OTAN, el futuro preferimos olvidarlo. Los españoles saben por intuición que lo mejor es abandonarse al río heraclitano del

tiempo. Ahí nos las den todas, dice el argot popular, en el futuro, donde ya no vamos a estar.

El tabú del futuro (la España ahorradora, la mesoespaña del cerdito/hucha) se ha trocado en el tabú del presente. Es la filosofía del consumo. Vamos a gastarnos la paga en quince días y ya veremos cómo se llega a fin de mes.

El futuro sólo existe a condición de desaparecer: cuando llegue, será *presente*. Esto les crea un gran problema a los políticos, que, si lo son de verdad, han de legislar a largo plazo, en tanto que el pueblo les pide cosas inmediatas y nadie está dispuesto a sacrificarse por sus nietos.

Una plaga de piojos se está extendiendo entre los colegios públicos de Madrid. Resulta que los niños del futuro, los niños/86, tienen piojos, como nosotros, los niños de postguerra, tuvimos el piojo verde. El pasado siempre vuelve, estamos presos del pasado, el eterno retorno se manifiesta incluso en forma de piojo. Y el español, hoy, está defendiéndose del pasado y del futuro con igual ardor, pues lo que quiere es vivir el ahora. *Ahora* es la consigna implícita en nuestra sociedad.

Nada envejece tanto como el futuro. El hombre jamás ha tenido otra cosa que su presente, su instante, y ha tardado miles de siglos en enterarse.

Entre el tabú del pasado y el tabú del futuro, los nacionales estamos ahora en/con el tabú del presente, que se explica mejor que nada por los anuncios consumistas de la tele. Es otro tabú, o mejor un tótem, tíos. Pero hay que disfrutarlo mientras dure.

CONTRAPORTADA

Ya se ve, pues, que uno prefiere la anécdota a la categoría (...), que uno prefiere entrarle de costado a los grandes temas para sorprender a la realidad por la espalda y ponerla manos arriba. Para cachear a la vida y saber lo que España lleva en los bolsillos. Libro anticostumbrista, libro contra las costumbres es éste malas o buenas. Pero tampoco libro **contra** nada, sino **con** la verdad de todo, con su realidad y su actualidad tan antigua, tan irónica, tan cachonda, tan contradictoria y tan excesiva. España es tan España que asusta. Y este libro no es más que un susto desarrollado.

Otros artículos sobre el mismo autor

- [Umbral: Vida, obra, estilo, desavenencias](#)
- [Mortal y rosa](#) (1975)
- [España como invento](#) (1984)
- [El socialfelipismo](#) (1991)
- [Historias de amor y Viagra](#) (1998)
- [¿Y cómo eran las ligas de madame Bovary?](#) (2003)